

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1859. — Tomo XIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administración general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 18. — N° 3245

SUMARIO.

El príncipe de Calabria y la princesa Amelia; grabado. **Revista española.** — Ruinas y tipos de Java; grabados. — **Revista de Paris.** — Física del globo. — **Ojeada retrospectiva sobre Soulouque y su corte**: grabados. — **Nadie diga de esta agua yo no beberé.** — **Revista de la moda.** — **Boletín de la antigua política imperial en Haití con un epílogo moderno**; grabados.

Sofía al duque de Serra Capriola, comisario extraordinario del rey de las Dos Sicilias. A las doce todos los dignatarios bávaros y napolitanos se reunieron en la sala de las audiencias donde se verificó la entrega. Un cordon señalaba sobre la alfombra de la sala la línea de demarcacion entre el territorio bávaro y el territorio napolitano.

La ceremonia se hizo en conformidad á la antigua etiqueta de la corte de España, hasta el artículo que prescribe el cambio de traje de la novia. A las tres la emperatriz y la princesa entraron en la embarcacion napolitana que la llevó á la fragata *Fulminante*. La emperatriz de Austria pasó una hora en el buque con su hermana, y en seguida volvió á Trieste.

El emperador recibió el 19 de S. M. el rey de Baviera la notificacion oficial del matrimonio de la princesa

María Amelia Sofia, hija del príncipe Maximiliano, duque en Baviera, con S. A. R. el duque de Calabria, heredero presuntivo de la corona de las Dos Sicilias.

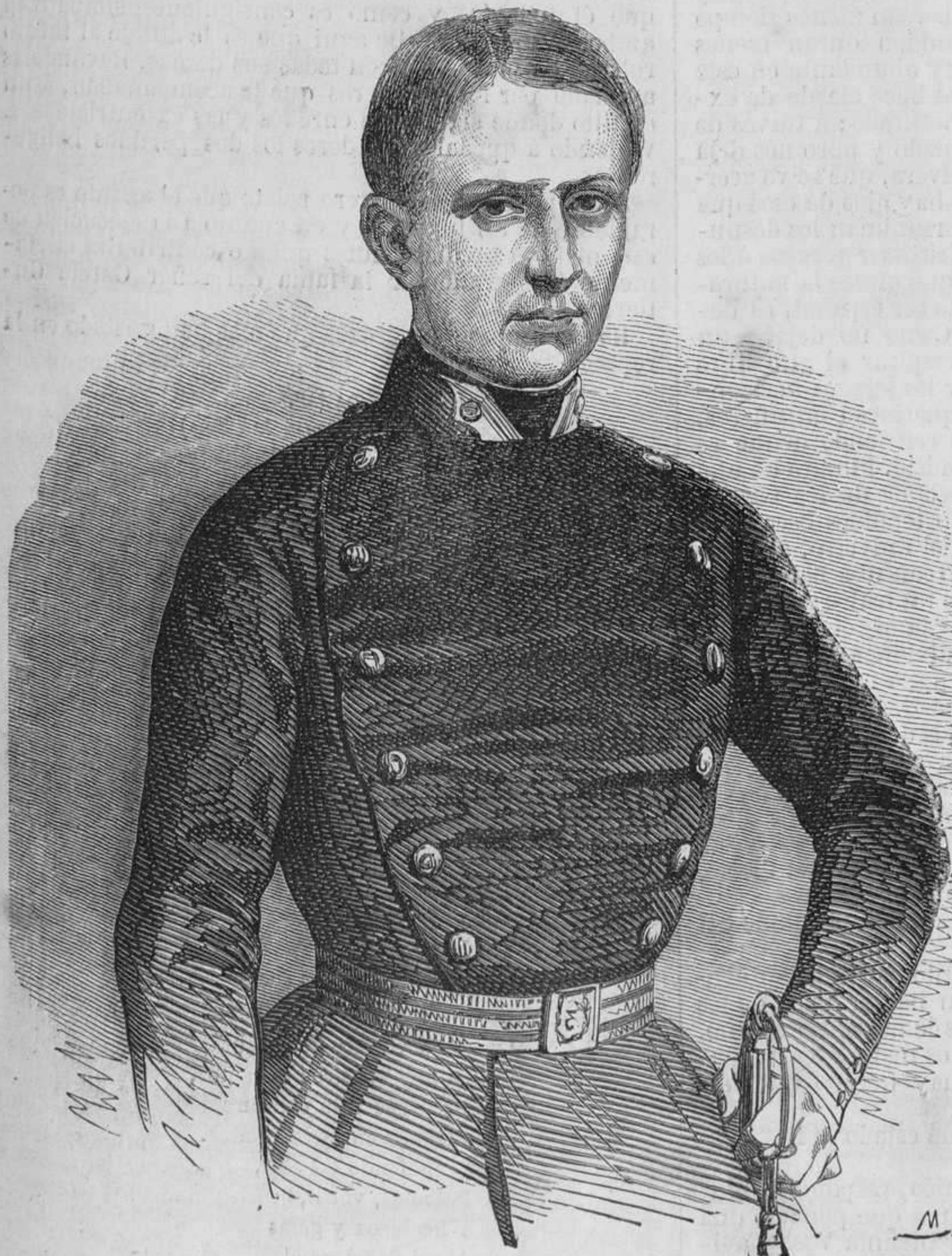
Preciso es explicar ahora porqué el duque Maximiliano y sus dos hijas se llaman duque y princesas en Baviera en el lenguaje de la cancillería bávara: es porque el duque Maximiliano no pertenece á la rama real de Baviera, sino á la rama ducal, lo que se distingue diciendo duque en Baviera en lugar de duque de Baviera. V. P.

El príncipe de Calabria y la princesa Amelia.

El día 1° de febrero tuvo lugar en Trieste, con grandes ceremonias, la entrega de la princesa María Amelia

Revista Española.

Reunion de escritoreillos. — El invierno en verso. — Los primeros de febrero. — Matilde Diez en el Circo — Diana de



EL PRÍNCIPE FRANCISCO MARIA LEOPOLDO, DUQUE DE CALABRIA, HEREDERO PRESUNTIVO DEL REINO DE LAS DOS SICILIAS, Y SU ESPOSA MARIA SOFIA AMELIA, PRINCESA EN BAVIERA.

San Roman. — Defuncion de un teatro. — La Fuerza contra la ley. — El Robo de las Sabinas. — La Rica hembra y la señora Lamadrid. — Diferentes maneras de hacer tiempo. — Teatro Real — Cuestiones domésticas en el mismo. — Marcha del señor Bettini y venida de la señora D'Angri. — Conciertos sacros en la Zarzuela. — Bailes de máscaras. — El Lozoya en la calle de la Montera.

Uno de los jóvenes que componian la redaccion del periódico que se preparaba para salir á luz, sacó entonces del bolsillo un papel diciendo: «Pues que ninguno de Vds. quiere ser el primero que nos lea sus trabajos para el número con que hemos de empezar nuestras tareas en febrero, oigan Vds. estos versos en honor del invierno, que pueden tener cabida en la racion de este mes»; y desdoblado el papel leyó lo siguiente:

Bien venido, grato invierno,
Con tus lluvias y tus frios,
Tu blanco manto de nieve,
Tus sociales regocijos.
¡Qué bien se pasan tus horas
En alfombrado recinto,
Cabe ardiente chimenea,
En muelle sofá tendido!
¡Qué bien á través entonces
Del cristal diáfano y limpio
Se ve al prójimo en las calles
Correr cargado de abrigos!
¡Qué bien en cerrado coche,
Cómmodamente mecido,
Arrastrado por dos yeguas
Se va mudando de sitio!
¿Qué me importa á mí si en torno
Helados los campos miro,
Y el exsonoro arroyuelo
En sorbete convertido?
¿Qué me importa, si perdiendo
De esmeralda el atavío,
Cargas de leña parecen
Los desnudos bosquecillos?
¿Qué me importa, si no vuela
Entre sus ramas festivo
Elruiseñor ó el jilguero
Con sus dulcísimos trinos?
¿Ni qué si las mariposas
No muestran en rauda giro
De sus matizadas alas
Los cambiantes purpurinos?
¿Ni qué cuidado han de darme
Los pedestres individuos
Que con el puño en la boca
Van pegando resoplidos?
Nada, nada; que ya tienen
Muy bien probado los siglos
Que en todas cuatro estaciones
Quien menos sufre es el rico.
¡Feliz yo cuando en las horas
Del largo invierno mas frío,
Tengo teatros y bailes
Y placeres infinitos!
Ya en el regio coliseo
Voy á halagar mis oídos
Con los carísimos ecos
De italianos gorgoritos.
Ya de la alegre zarzuela
Oigo los cantos sencillos,
O me enfermezo en el drama
Y en la comedia me rio.
Y á favor de mis gemelos,
En torno do quier admiro
De elegantes hermosuras
Los dengues y los hechizos.
Luego ¡oh placer! cuando el vulgo
Se entrega al sueño tranquilo,
En espléndidos salones
Gozan mis cinco sentidos.
Entre luces y armonía
En veloz danza me agito,
Y blandamente una hermosa
Entre mis brazos oprimo.
Aire me dan sus cabellos,
Su rostro acércase al mio,
Y los latidos escucho
De su seno alabastrino.
Allí de seda y diamantes
Deslumbra el mágico brillo,
Y si las caras son feas
Son hermosos los vestidos.
¡El buffet! ¡Cómo nos muestra
Con productos exquisitos
De las artes culinarias
El opíparo artificio.
Otra noche quiero bailes,
Mas francos, mas divertidos,
Entre damas que á las otras
Zurren encantos postizos.

Capellanes en su seno
Me ofrece un mundo distinto,
Lleno de amores de aguja
Que me divierten lo mismo.
O en el Ariel considero
Del tamboril al sonido
De las ninfas vascongadas
El talle y los piecitos.
¡Las máscaras! ¿quién por ellas
No deja el lecho en olvido,
Y pasa una mala noche
Porque le aturden á gritos!
Allí se escapan las horas
Conquistando con delirio
Dominós y cantineras
Que suelen ser un vestigio.
Allí se ven á menudo
La alegría y los prodigios
Que en nacionales cabezas
Produce extranjero vino.
Allí... mas ya la euaresma
Viene á ponernos contritos,
Y á sacar en viérnes santo
Las estatuas de judíos.
Enlutadas las hermosas
Van á pedir al Altísimo
Que les conceda la gracia
De aumentarse otro apellido.
Y ya van las tiernas hojas
Brotando en los arbolillos,
Y aromatizan las lilas
Los jardines del Retiro.
Invierno, de lo pasado
Vas á hundirte en el olvido;
Vuelve... mas no, que sin duda
Son tus placeres delitos,
Cuando jamás los ostentas
Del sol al fúlgido brillo,
Y las sombras de la noche
Esperas para encubrirlos.

Aplaudieron los jóvenes el romancé de su compañero, quien demostró en su cara un poco contentamiento por tan favorable acogida, y tomando otro la palabra, manifestó que tenía preparado un artículo en loor del mes de febrero. No lo he traído porque faltan aun dos cuartillas, añadió en seguida; pero diré á Vds. algunos de los pensamientos que figuran en él. Febrero es para mí el mes que puede llevarse la palma de la modestia entre los doce del año: noche tras día y día tras noche nos hacen pasar los otros treinta ó treinta y un días, mientras febrero se contenta con veinte y ocho nada mas, siendo una calaverada que se alargue á veinte y nueve. Verdad que así en él se saborean menos tiempo los placeres; pero en cambio tambien duran menos horas los pesares, que es fruta muy abundante en este pícaro mundo. Febrero además ni hace alarde de extraordinario frío, ni de calor desmesurado; á través de un sol tranquilo y de un cielo azulado y puro nos deja ver en lontananza la florida primavera, que se va acercando muy despacito. En febrero hay días de esos que llenan de alegría el corazón, que reaniman los desnudos árboles, y que inspiran dulcísimos gorgoros á los pajaritos. ¡Ay! ante los encantos que ofrece la naturaleza en tales momentos, ¿cómo no ser español, es decir, aficionado á la holganza? ¿Cómo no dejar á un lado los cansados negocios para respirar el aire libre del campo y extender la vista por los lejanos horizontes? Si el espacio me lo permite, queridos compañeros, pienso al llegar aquí extenderme refiriendo lo que es un día hermoso de invierno en Madrid. Pintaré en una parte de mi cuadro multitud de vecinos de los barrios pobres de la corte, aquí recibiendo tendidos boca arriba los rayos del astro vivificador del universo, allí desplumando á algun incauto palurdo con una baraja mas llena de trampas que el tablado de un teatro; acá ejercitando las fuerzas en el juego de la pelota, y acullá peinándose reciprocamente las individuos del bello sexo, que tampoco dan paz á su lengua mientras tanto van refiriéndose chismes de vecindad. Luego al llegar á la tarde pondré delante de los ojos de mis lectores las alamedas de la Fuente Castellana pobladas de lujosos coches, los bosques del Retiro llenos de paseantes pedestres y de alegres niños que juguetean sin miedo á coches ni caballos, y corren contentos y felices por aquel paraíso madrileño, y por último, el paseo del Prado, que se queda desierto así que el caballero Febo se oculta detrás de los palacios fronteros de la pirámide del Dos de mayo.

Vean Vds. pues si podré tener asunto para lucirme contando las gracias de febrero: eso sin hablar nada de las circunstancias que le asemejan á los demás meses del año.

— Entonces, ya que tiene Vd. los materiales preparados, vaya escribiendo, que no hay tiempo que perder; dijo el que hacia de director.

— Y la revista de teatros ¿en qué estado la lleva usted, Antonio? preguntó otro.

— Puede decirse que está concluida, respondió el interpelado, porque no me falta mas que ponerla una especie de cabeza ó introduccion. Oiganla Vds. y avisenme los defectos que encontraren; y así diciendo sacó un manojito de papelotes emborrionados, y empezó á leer de esta suerte:

La primera novedad teatral de febrero es la reaparicion en la escena de la célebre actora doña Matilde Diez despues de una larga ausencia en que ha extendido su fama por América. Hablar aquí de su mérito artístico y de su manera de interpretar las ficciones dramáticas, seria hacer variaciones sobre un tema muy discutido. Nuestros lectores de España la conocen hace mucho tiempo, y los de América acaban de aplaudirla; por eso me bastará decir que en esta corte ha sido recibida con entusiastas aplausos, volviendo á obtener nuevos triunfos en sus comedias predilectas.

El Circo pues tiene ahora pretexto para no estrenar nada, ya que sus billetes se despachan por los revendedores; pero en cambio Novedades está sufriendo todos los rigores de la desventura: despues de haber hecho un drama con el nombre de *Diana de San Roman*, que gustó al público, y es arreglo trazado por don Manuel García Gonzalez sobre otra obra francesa ya traducida anteriormente, se cerró por algunos días, volviéndose luego á abrir con el mismo drama, y ofreciendo dar al público aderezada en lengua castellana otra producción representada recientemente en el teatro francés con el nombre de *Les crochets du père Martin*. El traductor al traerla á nuestra patria la titulaba: *El tío Martin ó la honradez*, pero la enemiga suerte del teatro de la plaza de la Cebada descargó nuevamente sus golpes sobre él, y las verjas de hierro que le dan entrada se cerraron definitivamente. Dícese que reorganizada su compañía, volverá á funcionar con dramas de espectáculo, aunque no se sabe cuándo sucederá esto.

El Príncipe ha dado un drama original de don Eugenio Sanchez de Fuentes, que lleva por título *La fuerza contra la ley*. Versa la fábula sobre la trágica muerte del último Justicia de Aragon, y el público la oyó con gusto por estar escrita con cuidado y correccion, aun cuando no ha llamado gente por muchas noches.

En la Zarzuela hemos visto y oído solamente dos. Era la una de ellas *el Capitan español*, original de don Pedro Ramos, y la otra *El robo de las Sabinas*, escrita por el señor García Gutierrez, con música del señor Barbieri. Aquella fué recibida con severidad, haciéndose únicamente dos noches; pero en cambio esta promete dar buenas entradas. Escrita sin duda con verdaderas pretensiones de zarzuela, ó lo que es igual, de atraer espectadores y de hacerlos reir, *El robo de las Sabinas* no pasará ciertamente por una de las mejores obras del señor García Gutierrez. No crean mis lectores por el título que se trata de aquellas señoras y señoritas que se llevaron *in illo tempore* los romanos contra la voluntad de sus padres y maridos; no: el asunto de este juguete lírico lo forman otro robo y otras sabinas mas modernos. Vedle aquí: un duque de Parma, señor raro y caprichoso, sabe que su futura esposa la duquesa de Toscana ha de llegar á una hospedería, y con nombre fingido quiere conocerla y enamorarla. Aurora, que así se llama la duquesa, instruida de este proyecto se presenta al duque como una mujer mas rara y caprichosa que él todavía, y como es consiguiente, simpatizan ambos al momento. De aquí que se le antoje al futuro robar á su prometida con todas sus damas, llevándolas ayudado por los caballeros que le acompañaban, á un castillo donde siguen los enredos y las excentricidades, viniendo á quedar vencedores los dos partidos beligerantes.

Se ve pues por este ligero relato que el asunto es puramente de un juguete, y en cuanto á la ejecucion de este plan ya he dicho antes que no contribuirá ciertamente á engrandecer la fama del señor García Gutierrez.

He aquí uno de los trozos que mas han gustado en la representacion:

DAMAS.
¿Quién es? (saliendo á la escena)

SENESCAL.
¡Chit! ¡Oid!

DAMAS.
¿Quién es?
SENESCAL.
¡Chit! ¿Hay tal?

DAMAS.
¡Muchachas, venid!
Es el senescal.

SENESCAL.
Oid, oid. — Llegad, llegad,
Y sabreis en secreto un ardid
Que el asombro va á ser de esta edad.

DAMAS.
Venid, llegad,
Y sabremos por él ese ardid
Que el asombro va á ser de esta edad.

SENESCAL.
Luzca ya vuestra hermosura,
Brillen hoy vuestros encantos,
Que oscurece esta clausura,
Que embarazan esos mantos.
¡Tendiendo las alas,
Palomas, volad,
Y hechizos y galas
Al sol desplegad!

DAMAS.
¡Oid, oid! ¡Llegad, llegad!

punto de vista de la civilización oriental, esos países merecen un estudio especial, pues son como un centro común adonde llegó sucesivamente el sobrante de las sociedades india, china y árabe.

Lo que sobre todo contribuye á darles un sello de originalidad, es que las emigraciones de la Malasia han perpetuado á pesar de su mezcla los tipos más ó menos bien conservados de su origen, así como las costumbres y los trajes que ellas llevaron.

Las islas de la Sonda y Java poseen además hermosos restos de monumentos antiguos muy notables y dignos de atención, aunque son de una época menos remota que los del Egipto, la Asiria y Babilonia. Su arquitectura presenta la misma variedad de tipos que hemos señalado en la población.

En cuanto al punto de vista científico, el archipiélago indio es una de las regiones que han suministrado y suministran en el día los descubrimientos más importantes.

En muchas posesiones neerlandesas ofrecen también vastos horizontes al estudio. Es curioso ver con qué pocos recursos los holandeses han sabido crear establecimientos prósperos apoyándose en un sistema de organización administrativa y agrícola en armonía perfecta con el carácter indígena.

Todas estas cuestiones y otras muchas que debemos pasar en silencio pueden resolverse hoy con pleno conocimiento de causa; gracias á los cambios literarios internacionales, existe hoy en París una colección preciosa de las publicaciones neerlandesas más importantes relativas al archipiélago indio y á las demás colonias holandesas.

Para el artista amante de las bellezas de la naturaleza, Java es verdaderamente una tierra prometida. Como en la mayor



ARTJA DOMAS, RESIDENCIA DE BUITENZORG.

parte de los países de formación volcánica, la vegetación ha adquirido allí un desarrollo extraordinario; pero en ese territorio más que en ningún otro, si se exceptúan la India y la Guyana, se reúnen el calor y la humedad para dar á la tierra una fuerza de expansión y de exuberancia que se manifiesta por una de las Floras más hermosas del globo. Las formas más variadas y caprichosas y los colores más brillantes, tales son sus atributos característicos. Ella suministra á los invernáculos de Europa esas preciosas orquídeas que hacen las delicias de los aficionados á las flores. Además cuenta con todos los esplendores de las Floras tropicales.

«Es difícil, dice M. Temminck, el entendido naturalista cuya pérdida reciente deplora la Holanda, formarse una idea de la fecundidad del territorio de Java, así como también de la profusión de vegetales agrupados y amontonados, digámoslo así, unos sobre otros. Esas masas de plantas gigantes se disputan el espacio, y su abundancia es tal, que solo con el hacha en la mano abre el hombre un camino fuera de los senderos trazados. Las plantas crecen sobre las plantas; millares de parásitas se disputan los troncos de los gigantes de las selvas, se entrelazan, se arrastran por la tierra, se levantan al cielo, suministrando á su vez medios de existencia á una multitud de enredaderas cuyos tallos cruzándose en todos sentidos rodean las ramas, se lanzan hacia las copas de los árboles más elevados, y forman con su denso follaje una masa compacta, á través de la cual los rayos del sol solo esparcen una claridad dudosa.»

La belleza del campo javanés se distingue sobre todo desde la cumbre de las montañas. A partir de las orillas del mar no se ven por todas partes más que



RUINAS DE TJANDI-MOENDOET, RESIDENCIA DE KADOE.



ESCLAVAS JAVANESAS.

neracion en generacion. Así puede decirse, que todo el sistema gubernamental de los príncipes de Java como el de los holandeses, reposa en la estricta observancia del *adat*.

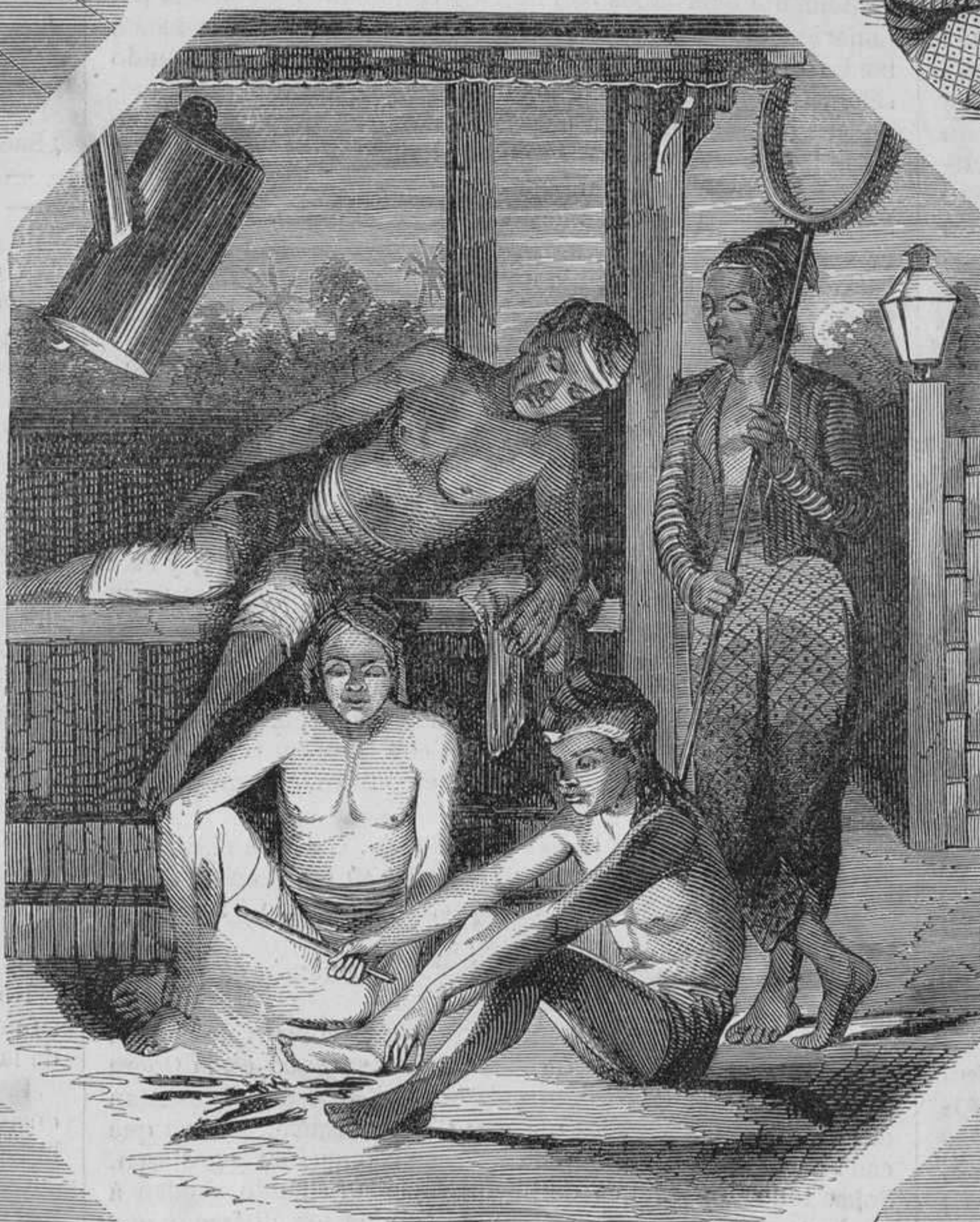
El respeto y la veneracion á los parientes es una cualidad general en los javaneses. Profesan igualmente un gran culto á los muertos, y es raro que se alejen sin probabilidades de volver, de los lugares donde descansan sus antepasados. Son aficionados al recreo, y no pierden ninguna ocasion de entregarse á sus dos pasiones dominantes, el juego y los combates de gallos, de codornices, etc. Buscan en el ocio no el olvido de su miseria como los chinos, sino las alucinaciones que agradan á su imaginacion loca. Siendo además muy crédulos y supersticiosos, conceden entero crédito á las muchas leyendas sacadas de su historia, en las cuales bajo una forma desnaturalizada, se hallan los misterios de las religiones de la India. Suelen pasar una parte de la noche escuchando á los sonidos del *ketjapé* (especie de guitarra), el recitado monótono de sus bardos, celebrando los altos hechos de los héroes de los tiempos antiguos, ó el antiguo poderío de los reinos de Madjapahit y de Padjadjaran. Puede decirse que el pueblo javanés no vive sino por



PANGERAN, PRÍNCIPE DE MADURA.

campos cultivados, entre los cuales aparecen aquí y allá los *kampongs* con sus casas pintorescas, construidas con cañas de bambú y adornadas con hermosos árboles frutales. En los flancos de las colinas están los *sawas* ó campos de arroz, dejando correr las aguas que los han regado y comunicado esa fecundidad maravillosa que da tres cosechas anuales. En fin, hasta las cuestas de antiguos volcanes cubiertas de lava, están surcadas de arroyuelos y guarnecidas de una vegetacion abundante.

Una comarca tan hermosa y tan fértil, no puede menos de ejercer una influencia profunda sobre el carácter de la poblacion que la habita. El javanés, que halla fáciles los medios de existencia, es inclinado á la pereza; no se acuerda de trabajar sino cuando un deber imperioso le obliga á ello. Pero en cambio observa estrictamente las órdenes que le dan, si no son contrarias al *adat*, conjunto de antiguas costumbres religiosamente trasmitidas de ge-



CUERPO DE GUARDIA JAVANES.

ritu de aquel valiente príncipe anda errante todavía por aquellos lugares, aunque solo es visible para los fieles. Segun las creencias populares, en la montaña hay un genio dispuesto á estrellar contra las rocas á los importunos bastante atrevidos para turbarle en su retiro. Por esto los javaneses se aventuran con mucha emocion por el *Artja-Domas*, guardándose muy bien de despertar los ecos adormecidos con los sonidos del *gamelan* ó con detonaciones de armas de fuego, temiendo incurrir en el castigo que sufrió el famoso Padjadjaran. Por el contrario, quieren hacérsele propicio, y nunca visitan esos lugares temidos sin llevar á ellos una ofrenda de *doepa* (incienso).

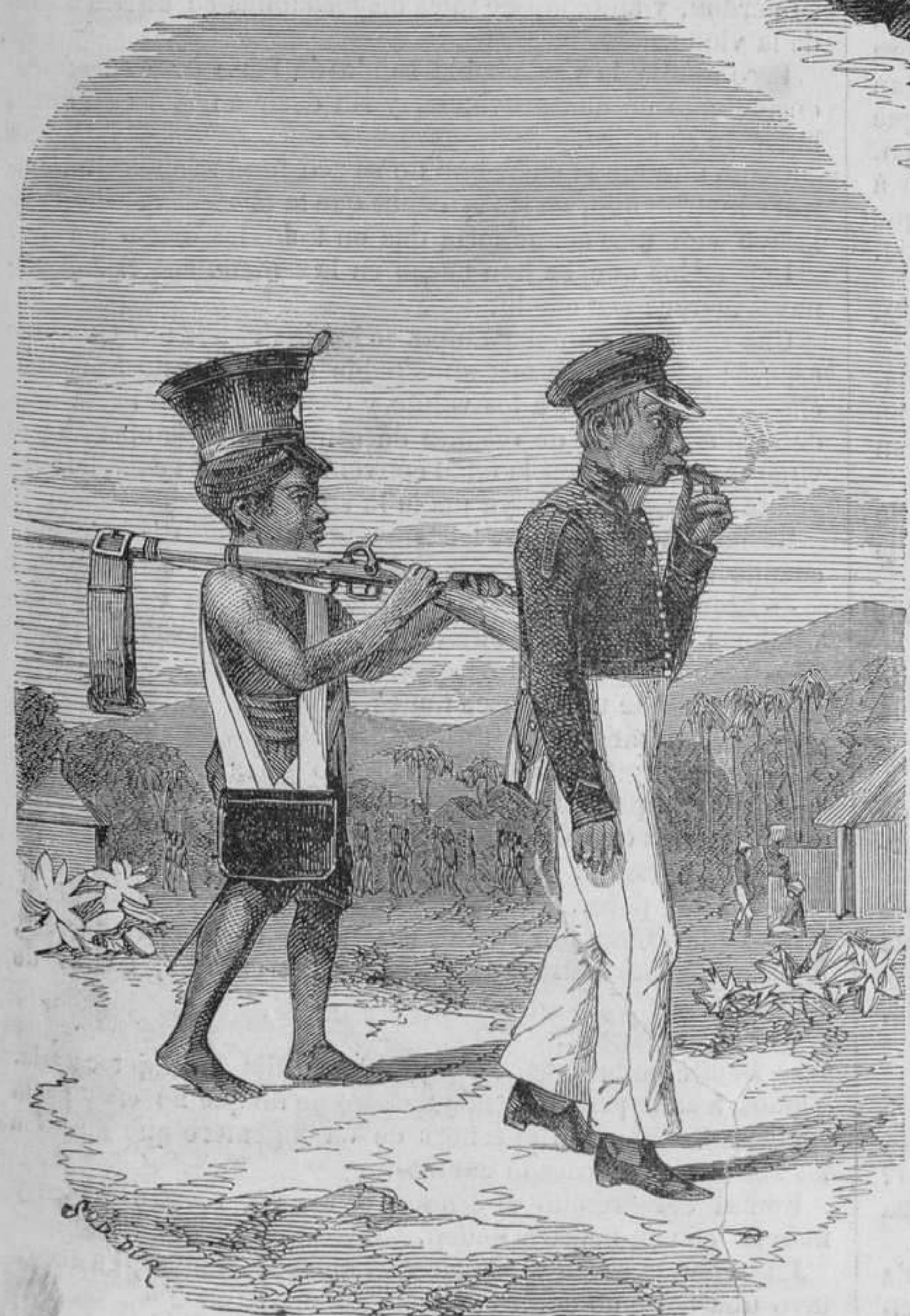
El pueblo cree que esas piedras se hallan dotadas de una virtud particular. El que levanta una de ellas con una mano, saldrá bien en todas sus empresas. Esto se ve representado en primer término en uno de nuestros dibujos.

el pasado; pues no solo sigue religiosamente las reglas que el pasado le legara, sino que además se complace en evocarle, porque le recuerda su esplendor destruido. En una palabra, como todos los pueblos decaídos, viven de recuerdos.

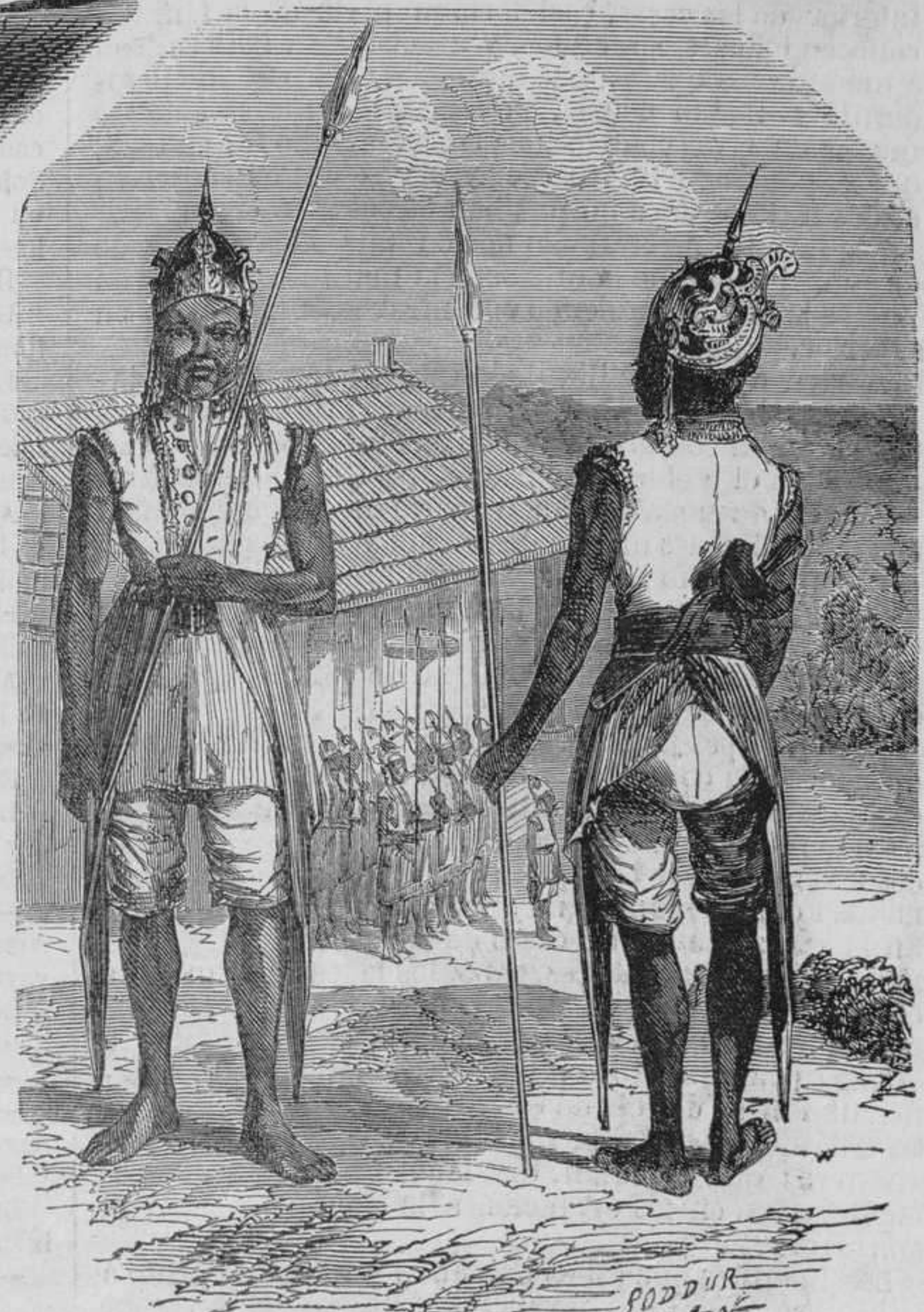
Conciliando la doctrina del Coran y las antiguas tradiciones búdicas, el javanés permanece fiel á las prácticas religiosas que le enseñaron y que ha aprendido á respetar, ofreciendo bajo este concepto mucha semejanza con algunas de las poblaciones piadosas pero muy supersticiosas de ciertas partes de la Europa. Verbigracia, la historia del último jefe de Padjadjaran; dejando aparte el colorido local, podría pasar por una leyenda de la Bretaña ó del Harz.

«Habiéndose atrevido este príncipe, dice la crónica javanesa, á penetrar con sus compañeros en las selvas sagradas del monte Gedé, todos ellos se cambiaron en piedras, en castigo de su temeridad.»

Tal es la explicacion generalmente adoptada por el pueblo del origen de las piedras informes que se ven en una de las vertientes mas altas del monte Gedé, y que designan con el nombre de *Artja-Domas* (las ochocientas estatuas). Los indígenas aseguran que el espi-



GUARDIA CIVICO.



SINGO SEKARS.

dió su mano, y se convino en que la boda se haría á principios de marzo del año actual.

Emma regresó con su padre á París, y entabló con su futuro esposo una correspondencia seguida.

Por fin llegó el día de firmar los contratos matrimoniales.

— Mi querido amigo, exclamó el padre de la novia; tengo que confesar á Vd. una cosa.

— ¿Y cuál es?

— Mi hija y yo le hemos engañado á Vd. miserablemente.

— ¡Dios mío! ¿No me ama?

— No se trata de eso; le quiere á Vd. mucho.

— ¿Es con respecto á la fortuna?

— Mi hija es mas rica de lo que Vd. piensa.

— ¿Entonces qué hay? Hable Vd. pronto.

— Hay esto: mi hija no es viuda.

— ¡Cielos! ¿el ingeniero vive todavía?

— Nunca ha existido; mi hija está soltera, y Vd. no ha tenido jamás ningun predecesor.

Esta noticia colmó de alegría al novio, y el casamiento tuvo lugar como estaba convenido.

MARIANO URRABIETA.

Física del globo.

Sobre los cambios sucesivos experimentados por el suelo en que descansa el templo de Serapis, cerca de Nápoles; y otros análogos observados en diferentes puntos de la superficie del globo, explicacion plausible de las causas que los producen, por M. Lyell. (Resumen de una leccion dada en el Instituto real de Londres.)

El templo de Serapis, cerca de Nápoles, es entre todos los monumentos que ha levantado la mano del hombre, el que ofrece mayor instruccion al geólogo. No solo ha sufrido una sucesion sorprendente de variaciones en los tiempos antiguos, sino que actualmente experimenta todavía ciertas mutaciones de estado que hacen de él un objeto nuevo de interés, y excitan á conocer su condicion presente, y á investigar lo que podrá sucederle en lo futuro. Este edificio se desenterró en 1750 del seno de un depósito mixto, de varias millas de extension, en la costa oriental del golfo de Baia, compuesto en parte de capas que contienen conchas marinas con fragmentos de ladrillos, vidriado, esculturas, y en parte de materia volcánica de origen subaéreo. En el siglo pasado se propusieron diversas teorías para explicar las perforaciones litodómicas y la presencia de las sérpulas que se descubrieron adheridas á la zona media de las tres columnas de mármol, que existen aun en pie. Algunos escritores, y entre ellos el célebre Goete, han supuesto que hubo en otro tiempo una laguna en el ático, que llenó de agua salada una incursión temporal del mar, y que han vivido por muchos años moluscos y anélidos marinos en la indicada laguna, á la altura de 12 piés ó mas sobre el nivel del mar. Esta hipótesis se emitió en una época en que se tenia por mas probable una fluctuacion en el nivel del mar, que la mas ligera alteracion en el del terreno sólido.

En 1807 observó el arquitecto M. Niccolini que estaba seco el pavimento del templo, excepto cuando soplaban un viento fuerte del Sur; mientras que al visitarle quince años despues vió que se cubria de agua salada todos los días cuando estaba la mar alta. Esta observacion le hizo tomar una serie de medidas de año en año; primero de 1822 á 1838, y luego de 1838 á 1845, que le permitieron sacar la conclusion de que el mar ha ganado anualmente en el pavimento del templo un 1/3 de pulgada próximamente en el primer período, y cerca de 3/4 de pulgada en el segundo.

M. Smith advirtió, al visitar el templo en 1819, que el pavimento estaba seco, pero que se hallaban llenas de agua del mar ciertas canales que se habian abierto en él para la salida de las aguas de un manantial caliente. A su vuelta, en 1845, el nivel del agua era de 28 pulgadas sobre el pavimento, de donde haciendo una ligera deduccion á causa de la marea, podia admitirse por conclusion una subida de media pulgada por año próximamente. Como estas medidas se hallan acordes con otras verificadas por M. Babbage en 1828, por M. J. Forbes en 1826 y 1843, cree M. Smith que se acerca mas á la verdad su conclusion, atribuyendo la diferencia entre su resultado medio y el obtenido por M. Niccolini (principalmente en la primera serie de medidas de este último observador), á que ha despreciado todas las mareas mas elevadas de las aguas altas de cada año, lo cual influye para que sea menor su término medio que el verdadero nivel del mar.

En 1852 M. Scacchi, á instancias de sir Ch. Lyell, visitó el templo y comparó la altura del agua sobre el pavimento con su nivel, determinado anteriormente por Lyell en 1839, y resultó que el agua, hecha la deduccion de la marea en ambas épocas, solo habia subido cuatro pulgadas y media en trece años, no teniendo ya tanta profundidad como al medirla en 1845 M. Niccolini y Smith; de donde dedujo que el movimiento de depresion del suelo habia cesado en 1845, habiéndose convertido en otro de elevacion con anterioridad á 1852. Desde dicha época no se tiene documento alguno exacto del nivel que haya adquirido el agua, ó al menos nada se ha publicado sobre este particular.

M. Lyell ha hablado luego de una cabeza de estatua que le ha confiado para su examen M. W. R. Hamilton, quien la compró á un trabajador de Puzzoli en la cercanía del templo. Dicha cabeza tiene todos los caracteres distintivos del Júpiter Serapis del Vaticano, y entre otros un espacio plano en la corona, probablemente

para llevar el adorno llamado *modio*, emblema de la fertilidad, que condecora á las antiguas imágenes de la citada divinidad. Uno de los lados de la cabeza se halla intacto, como si hubiera estado metido entre cieno ó arena, al paso que el otro ha sido atacado por el mar y pequeños etnéidos, y cubierto por sérpulas anélidos, cual si hubiese estado sumergido durante algunos años en agua salada, como las tres columnas de mármol de que se ha hecho antes mencion.

M. Lyell recuerda el hecho de haberse descubierto un pavimento de mosaico en la época de su visita al templo en 1828, á cinco piés debajo del pavimento actual, lo cual supone la existencia de un monumento mas antiguo y anterior á la ereccion del segundo templo. Este último, segun las inscripciones descubiertas en su interior, debió edificarse á fines del segundo y principios del siglo tercero de la era cristiana.

El autor presenta una breve relacion cronológica de la serie de sucesos naturales é históricos que tienen conexion con el templo y pais comarcano, comprendiendo en ellas las erupciones volcánicas de Ischia, Monte Nuovo y el Vesuvio: indica las fechas del primer y segundo templo, sus alturas primitivas sobre el nivel del mar, los períodos de sumersion y emersion del último, la naturaleza de las formaciones submarinas y supramarinas, en que se descubrió envuelto en 1750, y finalmente, cita un dibujo á vista de pájaro de dicha region, publicado en Roma en 1652, en el cual se representan de pié las tres columnas en un jardin, á distancia considerable del mar, habiendo entre ellas y el mar dos iglesias que ocupaban un terreno que ha desaparecido despues. La historia del hundimiento y enterramiento del templo en la edad media, época en que no hay documentos escritos, se ha deducido del exámen escrupuloso verificado por MM. Babbage y E. Heas en 1828 de ciertos depósitos formados al rededor de las columnas por bajo de la zona de las perforaciones litodómicas.

M. Lyell pasa despues á discutir la desigual extension del movimiento del terreno y lecho del mar, y sus diversas direcciones en el territorio adyacente al golfo de Baia, citando el hecho de hallarse actualmente cubiertos por el agua los templos de Neptuno y las Ninfas, lo mismo que algunos caminos romanos, mientras que no hay prueba alguna de una disminucion correspondiente ó de oscilaciones análogas de nivel en el sitio de la ciudad de Nápoles, que solo dista cuatro millas en línea recta. Tambien menciona dichos movimientos de levantamiento y de presion en otras partes del Mediterráneo; por ejemplo, los del sarcófago de Telmeso en Licia, descritos por M. C. Fellows; las variaciones de la isla de Candia, demostradas recientemente por Spratt, que ha observado que la costa occidental de la citada isla se halla 17 piés mas alta que su nivel antiguo; que una porcion de la costa meridional se ha elevado mas de 27 piés; de modo que los diques de los antiguos puertos griegos están mas altos é igualmente las calizas perforadas por los litódomos; y que al mismo tiempo ha bajado muchos piés la parte oriental de la costa, causando la ruina de muchas ciudades griegas que todavía se descubren bajo las aguas.

Fuera del Mediterráneo, y mirando á otros paises, vese el templo indio de Avantipura, en Casimira, y sus 74 columnas, descrito por M. Thomson y el mayor Cunningham, que está hoy en medio de una especie de lago, donde se sumergió en una época posterior al año de 850 de nuestra era; sumersion que libró las estatuas del furor de Scanderberg, el conquistador mahometano, llamado el Grande Iconoclasta. El hundimiento gradual de la costa de Groenlandia, y el levantamiento de una parte considerable de la Suecia, uno despues de otro, con posterioridad de varios siglos, son hechos muy conocidos. Por último, el suceso mas moderno de este género, que en nada cede á los anteriores bajo el punto de vista de su magnitud é importancia geológica y geográfica, es el temblor de tierra ocurrido en Nueva-Zelanda el 23 de enero de 1855. Las sacudidas de esa gran convulsion se extendieron por una superficie de tierra y mar tres veces mayor que las islas Británicas. Cuando hubo cesado se vió que una parte de terreno en la proximidad de Wellington, de unas 460 millas cuadradas, se habia elevado 1 á 9 piés, y que una cordillera de colinas, compuesta de rocas antiguas, se habia alzado verticalmente, al paso que permanecieron inmóviles los llanos terciarios al Oriente de dicha cordillera; de modo que resultó un precipicio de 9 piés de altura perpendicular, que se ha seguido hoy hasta la distancia de 90 millas en lo interior de las tierras, de Norte á Sur, á lo largo de la llanura de Wairarapa. A consecuencia del levantamiento de 5 piés que ha sufrido el terreno por la parte Norte del estrecho de Cook, cerca de Wellington y Port-Nicholson, no ha vuelto casi á subir la marea por el rio Hutt, cuando por la parte meridional del mismo estrecho, en Middle-Island, donde se ha deprimido el terreno cerca de 3 piés, sube la marea en el rio Waira muchas millas mas arriba que antes del temblor de tierra.

Las conclusiones de M. Lyell son que las causas probables del levantamiento y depresion del suelo dependen, al parecer, de la dilatacion de las rocas sólidas por el calor, y su contraccion por el descenso de temperatura; del menor volumen de la arcilla cuando está caliente; del exceso del de la roca en fusion respecto á las mismas materias cristalizadas ó en estado de consolidacion; finalmente, de la irrupcion subterránea de diques horizontales de lavas, que pueden inyectarse bajo la superficie si sube la materia en fusion, como sucedió en el cráter de Monte-Nuovo en 1538. Sobre este punto

remite M. Lyell para mayor explicacion á un corte iluminado de una roca de 1,000 piés de altura, en cabo Giram, en Madera, donde se nota con efecto la irrupcion de diques, tanto oblicuos como horizontales, entre capas de materias volcánicas acumuladas anteriormente sobre el nivel del mar, y con posterioridad á la época en que se hallaba ya cubierta la isla de Madera de una vegetacion parecida á la que existe hoy. La intercalacion de esas sábanas horizontales de lavas entre unos lechos alternativos de lavas antiguas y tobas, ha debido elevar las rocas sobrepuestas, y suministrarlas un apoyo permanente; pero al enfriarse y consolidarse la masa fundida debió falsear en parte dicho apoyo, y resultar entonces una depresion.

El fenómeno observado en Nueva-Zelanda en 1855, y de que ha hecho antes mencion M. Lyell, ofrece tan alto interés para la geología y geografía física, y al mismo tiempo se conoce tan imperfectamente, que esperamos se nos disimule el que extractemos algunos detalles, que le son concernientes, de la obra de M. Richard Taylor, publicada en 1855, y cuyo título es *New Zealand and its inhabitants* (Nueva-Zelanda y sus habitantes), que trae las declaraciones de M. E. Roberts, ingeniero real, que se hallaba sobre el terreno en el momento de sentirse el temblor.

Segun M. Roberts, el levantamiento en las cercanías de Wellington solo fué de 1 y 1/2 á 4 piés, pero aumentó gradualmente hasta Muka-Muka-Point, á 12 millas de distancia en línea recta al S. E., donde fué su máximo subiendo á 9 piés y mas aun; al Oriente de dicha localidad no hubo movimiento alguno. Se han podido tomar estas medidas con la precision apetecible, porque tambien se alzó una zona de roca blanca cubierta de nulliporas, que estaba justamente á menor nivel que el de la marea baja. La roca perpendicular de la punta mencionada antes formaba parte de un promontorio, que compone el término marítimo de Rimutaka, cordillera de montañas que consiste en argilita (no esquistosa) de fecha geológica antigua. Los escarpes orientales de las expresadas montañas están frente á un pais bajo que consiste en capas terciarias muy modernas, que terminan tambien al llegar al mar, en un tajo de 80 piés de altura y de mucha menos elevacion que los formados por las rocas antiguas. Esas rocas terciarias han permanecido absolutamente inmóviles, constituyendo la union de las antiguas con las nuevas una línea de fallas, que corre de Norte á Sur hasta una gran distancia (90 millas) por el interior, á lo largo de la base de las montañas, en que alzándose repentinamente limitan los llanos terciarios bajos. Una grieta abierta en parte de dicho trayecto, que se tragó algunos animales en 1855, marca la línea de fallas en varios sitios.

Entre otras pruebas de depresion observadas en la parte opuesta del estrecho de Cook, ó en la parte setentrional de Middle-Island, simultáneamente con el levantamiento indicado, cita M. Roberts el hecho de verse obligados hoy los plantadores á subir tres millas por el rio Wairan para lograr agua dulce, que tenian en sus tierras antes del temblor de enero de 1855. En la parte setentrional de la isla no hubo erupcion volcánica en la época de dichos sucesos, y sin embargo, aseguran los naturales que subió sensiblemente la temperatura de los manantiales calientes de Taupo poco antes de la catástrofe.

Durante el temblor de tierra anterior ocurrido en 1832, se observaron otras alteraciones en los niveles relativos de la tierra y mar, y muchos colonos temen la repeticion de tales movimientos cada siete años próximamente, porque en 1848 hubo violentas convulsiones. Sea como fuere, la mayor de la Nueva-Zelanda no ha sufrido el menor ataque de los temblores de tierra en esos mismos períodos.

Ojeada retrospectiva sobre Soulouque y su corte.

Hoy que el imperio grotesco de Soulouque ha tocado á su fin natural, vamos á reunir en este número una serie de retratos que darán á nuestros lectores una idea del jete y de los personajes principales que durante algunos años han representado una comedia que mas de una vez ha hecho reir á los europeos. A estos retratos acompaña una serie de anécdotas y de cuadros que tomamos de un libro recién publicado en Paris por M. P. Dhormoys, y que se titula *Recuerdos de un viaje á la isla de Haiti*; obra en que se trata largamente del emperador, de su pais y de sus súbditos. Hé aquí cómo principia el oficial francés, autor del libro á que nos referimos.

Hará de esto cinco años. Acababa yo de dejar la escuela de aplicacion con el grado de alférez en un regimiento de artillería. Una promocion en que no fui comprendido contra mis esperanzas, me causó tal despecho, que envié mi dimision al ministro, quien la aceptó al punto.

Dejé el regimiento y volví á mi familia, donde no aprobaron mi conducta. Algunos meses despues me puse á dar lecciones de matemáticas, y debo confesar que no veía en esta profesion un porvenir.

Una mañana me encontré en la calle con uno de mis compañeros, que me dijo:

— Mala cabeza, has hecho una tontería, pero por for-



SOULOUQUE, EX-EMPERADOR DE HAITI.



EL PRÍNCIPE PIERROT.

tuna no es irreparable. Viaja un poco. El gobierno de Santo Domingo pide oficiales para instruir su ejército. ¿No te convendría esa ocupacion?

— ¿Sabes cuáles son las condiciones?

— Nuestro antiguo compañero Anselin va con el grado de capitán, seis mil francos de sueldo y sus gastos de viaje. Según nos decía ayer, la república dominicana está protegida por la Francia y la Inglaterra: es una obra piadosa el ayudarla á que se defienda del ferroz Soulouque que quiere devorarla: yo en tu lugar no vacilaria. Es un bonito viaje, y el país debe ser curioso.

— Veremos, veremos, le respondí.

No lo reflexioné mucho tiempo; tres semanas despues un capitán de ingenieros llamado Mendez, Anselin y yo nos embarcábamos en Lorient á bordo de la *Penelope* con destino á San Tomas, en donde el gobierno dominicano debía tener á su disposicion uno de sus buques.

De este modo me encontré alistado entre los enemigos de S. M. Faustino I.

Yo no tenia sin embargo ninguna preocupacion contra el emperador Soulouque, ningun motivo para odiarle; solo sí, ese jefe negro me parecia ridículo como á todo el mundo.

Los oficiales de la fragata se encargaron de instruirme acerca de ese personaje. Uno de ellos habia visto la córte imperial, y los otros habian oido hablar mucho de ella. Al instante me dijeron que Soulouque era un hombre aborrecible.

— Las caricaturas que se hacen en Paris de él y de su córte, me dijo un oficial, no tienen nada de exagerado; son retratos mas que caricaturas.

— Puesto que habeis visto de cerca á Faustino, le dije, contadnos algunos de sus altos hechos.

— Con mucho gusto, respondió el oficial, os daré á

conocer el imperio y el emperador. No solo he visto á Soulouque, sino que he tenido el honor insigne de comer con él cuando le fuí presentado por el cónsul de Francia. Debo confesar que la comida fué opípara, y que no me pareció tonto el cocinero de S. M. El vino era detestable y los convidados parecian demonios.

Soulouque es un negrazo que lleva muy bien sus sesenta años y pico. Aquel día vestia una casaca á la francesa de terciopelo color de castaña, en la cual resplandecian las placas de su legion de honor y de su orden de San Faustino.

Su calzon de casimir blanco y sus medias de seda dibujaban unas piernas que el emperador ostenta con orgullo. En los piés llevaba zapatos con hebillas de diamantes.

Con ese traje y con su aire vetusto parecia un criado de una casa grande mas bien que el terrible salvaje á quien deben su muerte centenares de individuos, cuyo único crimen era tener el cutis menos negro que el suyo.

Sin embargo, aquel era Soulouque en carne y hueso, que comia y bebia como un simple mortal. Se dignó estar de buen humor en el banquete, y á los postres nos contó varias anécdotas que habia aprendido en el



EL PRÍNCIPE BOBO.



SALOMON, DUQUE DE LEOGANE.



FRANCISCO, DUQUE DE GONAIVES.

Almanaque de Mateo Laensberg, que es su libro predilecto desde que sabe leer.

Una de sus grandes pretensiones es la de hablar francés; el que le oye, conoce que esta pretension carece de todo fundamento.

— ¿Y la emperatriz?

— Estaba un poco indispueta y se habia quedado en su habitacion; la reemplazaban la princesa Oliva, una negrita de quince á diez y seis años, y la princesa Clelia, hermana de S. M.; Pobre princesa Oliva! exclamó el oficial con sentimiento: parece ser que vertió muchas lágrimas cuando mi marcha; se habia empeñado en ofrecerme la mitad de su trono y su corazon entero y verdadero.

— ¿Y el duque de Tiburou?

— A su lado estaba. Es el ministro de la Guerra y de la Marina. Me hizo muchas preguntas sobre el ejército francés, y como él habia pasado una revista aquella mañana, me preguntó si habia asistido á ella.

— Si señor, le respondí.

— ¿Y qué os han parecido nuestras tropas?

— Magnificas.

— ¿Bien instruidas?

— Perfectamente. Pero he notado una falta.



EL PRINCIPE HAITIANO JUAN JOSÉ, duque de Puerto de Paz, hermano del emperador.

jas con un alto personaje. Antes de su grandeza, el ilustre duque se llamaba simplemente Jacquot, y aun no ha perdido la costumbre de llevar ese nombre.

No le sucede lo mismo á su mujer, como vino á probarlo aquel día; llamada la primera á firmar los capítulos matrimoniales, se puso *duquesa de Tiburou* con caracteres de un centímetro de altura. Un mes habia tardado en aprender á trazar aquellas mayúsculas enormes.

Cuando le llegó su turno á Jacquot, no pudo contener un suspiro al ver la firma de su esposa.

— ¡Oh! *Popota*, la dijo á media voz, ¡qué cosas te aconseja la vanidad!

Ya he dicho que habia habido una revista por la mañana. Tuve la curiosidad de ver de cerca las placas que brillaban en las banderas de los granaderos de la guardia, y leí estas palabras: *Sardines à l'huile, Barton et Comp., Lorient.*

El comerciante encargado de suministrar las gorras

de pelo á ese cuerpo distinguido, sin duda por economía, habia querido dar ese empleo á los rótulos de cajas de sardinas viejas. Los generales haitianos no se hallan tan versados en el arte de la lectura para que pudieran hallar extraño ese frontispicio extravagante.

Debo decir que si se ocupan muy poco del buen equipo de su milicia, en cambio tienen mucho cuidado con el suyo. Desplegan un lujo de plumas y de dorados que da una alta idea de su economía doméstica; pues su paga es de setenta y cinco francos mensuales.

Es verdad que casi todos tienen un oficio, ó se emplean en empresas lucrativas. En general, como tienen muchos hombres bajo sus órdenes, se asocian con los negociantes que explotan las selvas de caoba; ellos se encargan de mandar cortar y trasportar los árboles con sus soldados y los caballos del ejército; el socio civil les da la mitad del beneficio, que es considerable, pues no hay gastos de explotacion y de trabajo de mano.

Otro capítulo figura en su presupuesto, que es el de los encargos; Soulouque, hombre muy avaro con lo suyo, no lo era así con las rentas del Estado. Concediendo á uno de los que queria favorecer un suministro cualquiera para el servi-



S. M. ADELINA, EMPERATRIZ DE HAITI.

— ¿Cuál es? preguntó el duque.

— Me ha parecido, Excelentísimo señor, dije yo con mucha sangre fria, que falta el regimiento de *buzos de caballeria*.

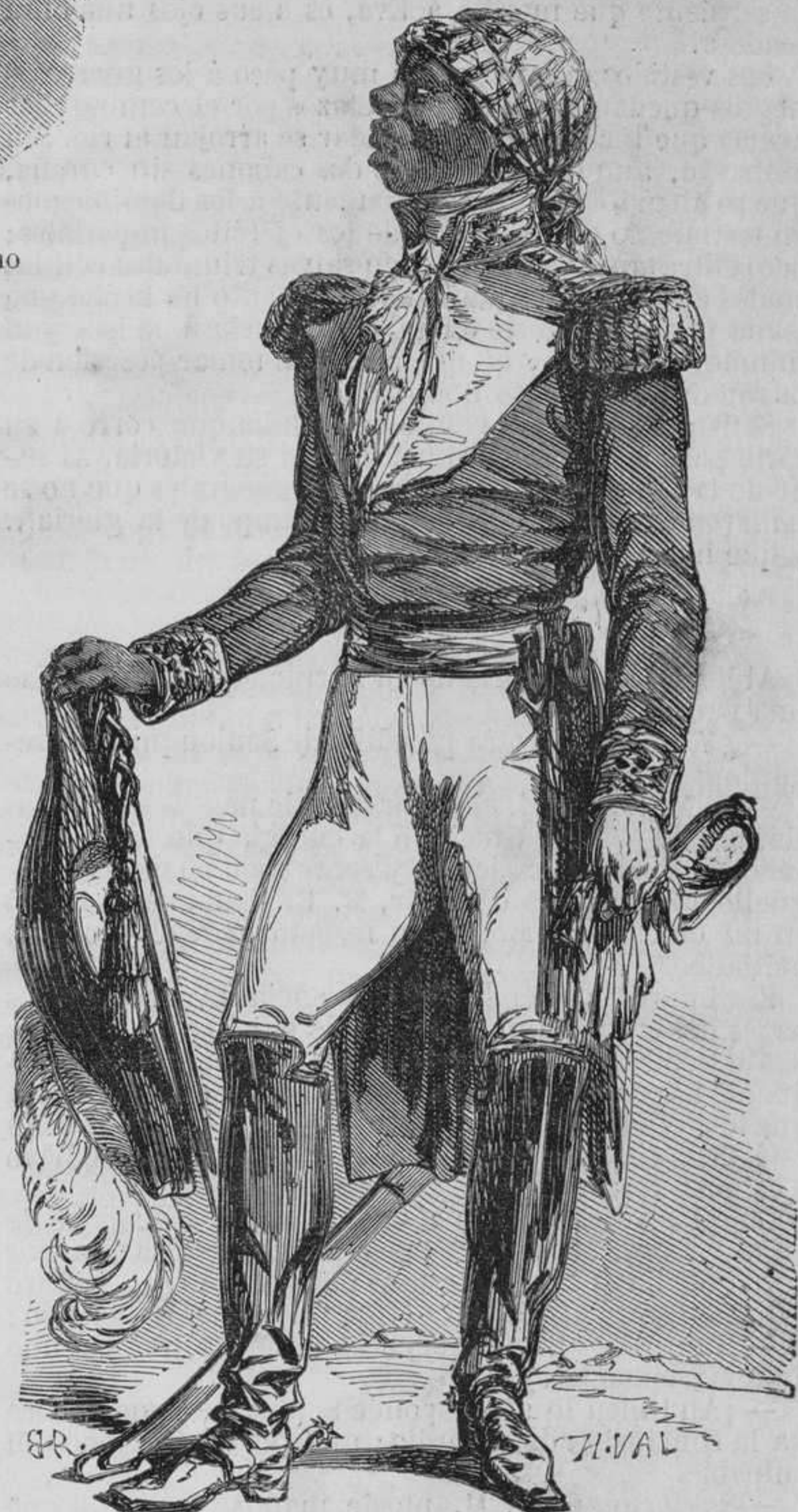
El duque me miró un instante con aire asustado; pero al punto volvió en sí y exclamó sin vacilar:

— Le tenemos, á Dios gracias, pero ahora está en la frontera; ya le vereis dentro de dos ó tres dias.

Su Excelencia no cumplió la palabra. Es verdad que nuestras relaciones se enfriaron súbitamente, porque en la noche siguiente, en el baile de la corte, le di la mano sin quitarme el guante. Para nobles de tanta etiqueta esta falta no tiene perdon.

Otros personajes importantes se hallaban tambien en el banquete, todos ellos con nombres no menos grotescos que el del duque de Tiburou, ministro de la Guerra.

Asistí al casamiento de una de sus hi-



EL TENIENTE GENERAL L. DUFRESNE, duque de Tiburou.



EL PRINCIPE DERIVAL LEVEQUE, PADRE DE LA EMPERATRIZ.

cio del imperio, sabia muy bien que el funcionario ganaria; de este modo hacia regalos sin tocar á su bolsillo.

Mientras estaba yo en Puerto Principe, quiso recompensar á uno de sus funcionarios con quien estaba muy contento.

El servicio público nada necesitaba entonces.

Existian en almacen mas de diez mil fusiles, habia sables viejos á montones, paño, lienzo, etc. Hubo pues que diferir el encargo.

Pero entre tanto mandaron al favorito que comprara seis mil kilogramos de lacre, que el Senado reconoció necesario para la cancilleria del imperio.

A este último rasgo, ninguno de nosotros pudo menos de echarse á reir, y el narrador continuó diciendo:

— Al ver á Soulouque con tan buena salud, con aire tan contento cuando pasa

revista á sus tropas, ó cuando recibe en su trono al cuerpo diplomático, se creería que nada falta á su felicidad.

Pero ¡ay! no es así; el sueño de que disfruta S. M. en un lecho comparable al de Luis XIV en Versalles, se hallaba turbado á menudo por dos visiones espantosas: los dominicanos y el cónsul de Francia.

Conquistar la república dominicana, ver flotar en Santo Domingo la bandera negra y encarnada de Haití, tal era la idea fija de Soulouque. En vano la Francia y la Inglaterra, que desde 1844 ayudan y protegen á ese pequeño pueblo, hicieron comprender á Soulouque que debía renunciar á semejante propósito; el monarca grotesco reunía sus soldados, y todos los años por la primavera intentaba la guerra.

El ejército haitiano que se eleva en los cuadros á 30,000 hombres, pero que en realidad tiene apenas 10,000 soldados, sale á fines de marzo. Los guerreros negros tienen poco entusiasmo por el combate. Saben por experiencias ó por relatos que creen muy sinceros, que nada bueno se recoge en la lucha. Así es que en cuanto pasan por un bosque ó un pantano, se quedan muchos buscando un refugio contra los azares de la guerra.

El ejército no pierde su tiempo en hallarlos; al cabo de quince días ó tres semanas de marcha por donde nunca hubo un camino trazado, solamente los más valerosos y los más robustos llegan á la frontera dominicana. Las provisiones se quedaron rezagadas; las municiones se agotaron ya, pues todo negro que tiene en las manos un fusil tendría escrúpulo de pasar delante de un árbol sin descargarle, sobre todo si es una higuera; una herida hecha en ese árbol maldito donde se ocultó la serpiente que mordió á Eva, es á sus ojos una obra piadosa.

Los vestidos que importan muy poco á los guerreros negros quedan sembrados á retazos por el camino; las armas que incomodan para andar se arrojan al río. Sin embargo, aun quedan uno ó dos cañones sin cureña, que se abandonarán ingeniosamente á los dominicanos en testimonio de la venida de los ejércitos imperiales; pero entre tanto se emplean en salvas triunfales con las cuales el emperador Faustino, en cuanto ha hecho una legua por el territorio enemigo, anuncia á la isla y al mundo, *insulæ et orbi*, que acaba de tomar posesión de la república de Santo Domingo.

Satisfecho con tal resultado, Soulouque corre á su corte para celebrar con un *Te Deum* su victoria. Al salir de la iglesia van á fusilar á los generales que no se hallaron con el emperador en el campo de la gloria... y que han podido ser cogidos.

Al llegar á este punto de su narración, el oficial hizo una pausa.

— ¿Y quién es la otra pesadilla de Soulouque? le preguntamos.

— Es M. Raybaud, el encargado de negocios de Francia, nos respondió. Gracias á la energía que ha desplegado en muchas ocasiones, y sobre todo cuando el degüello de las gentes de color, M. Reybaud se convirtió en un objeto de terror y de respeto para el monarca haitiano.

Esa impresión ejerce una influencia favorable en los pagos del empréstito de Haití y de la indemnización de Santo Domingo. Todos los días el infortunado Soulouque dirige ardientes súplicas al gobierno francés para que le envíen otro embajador; pero el gobierno francés está demasiado satisfecho de su agente para que lleve á cabo su reemplazo.

Cuántas veces un francés tiene por qué quejarse de algún procedimiento ó de las autoridades de la isla, por poco que haya sido molestado por un haitiano, seguro es que llegará al palacio el terrible cónsul, diciendo:

— Emperador Soulouque, acaban de maltratar á uno de mis nacionales.

— ¡Ah! bien lo sé, responde Soulouque, que conoce ya la conclusión del exordio; mañana será fusilado el culpable.

— Es cierto que V. M. puede mandar fusilar al que guste entre sus súbditos; ese es un principio de reparación, pero no basta.

— ¿Pues qué quereis?

— Una indemnización.

— Cónsul, dejad la indemnización por esta vez; ya pagué otra el mes pasado, y estoy muy escaso de recursos.

— Entonces escribiré al comandante Barbaroux.

— No, cónsul, no escribais; os doy mi palabra imperial de que no tengo un cuarto en el día.

— Lo siento mucho, pero si mañana no tengo yo los dos mil pesos de indemnización que reclamo, vendrá el comandante.

— ¡Ay! ¡mi querido cónsul! ¡Dos mil pesos por un culatazo! Es muy caro, rebajad un poco.

— Imposible, mi querido emperador, no se puede arreglar el asunto un ochavo menos.

Soulouque, sabiendo muy bien que toda discusión es inútil con ese diplomático, toma el partido de pagar refulfando.

Gracias á este expediente que se ha repetido muchas veces, y que ha sido inventado por M. Reybaud, los franceses que viven en Haití están muy respetados.

En las épocas estipuladas para el pago de la indemnización ó de los intereses del empréstito, la cólera y la desesperación de Soulouque llegan al colmo.

Hace que está enfermo y se queda en cama.

Las vísperas de uno de esos vencimientos terribles, el avaro Soulouque ofreció hasta doscientos mil francos á M. Raybaud para decidirle á presentar su dimisión; el encargado de negocios se limitó á responder que otro que viniera haría lo mismo que él, y que el emperador debía tener muy presente que siempre estaba allí cerca dispuesto á hacer respetar los tratados M. Barbaroux, el comandante que no admite chanzas.

— ¿Quién es Barbaroux? preguntamos todos en coro.

— Desde que tuvo lugar en 1848 una aventura cuyo héroe fué un oficial de ese nombre, respondió el narrador, todo capitán de buque de guerra francés es para Soulouque el comandante Barbaroux.

M. Barbaroux era en 1848 capitán de fragata, y había ido con su bergantín á Puerto Príncipe para proteger á los súbditos franceses y ofrecerles un asilo á bordo si era necesario.

Un día que se volvía al buque después de haber estado en el consulado, le tiraron un pistoletazo, casi á quemarropa; por fortuna la bala se aplastó en un bordado; el asesino huyó, pero no tan pronto que el capitán no pudiera descubrir su rostro á la claridad de la luna.

Se pidió una reparación que fué prometida al instante, y suplicaron á M. Barbaroux que designara al delincuente para que se pudiera hacer justicia.

— Está bien, dijo el comandante, le encontraré.

Y con efecto, algunos días después, al bajar á tierra, creyó ver á su hombre sentado en el muelle en medio de una porción de negros.

Cuando notó que el oficial iba derecho á él, quiso fuggarse; pero M. Barbaroux, que era un coloso no menos ágil que robusto, le cogió muy luego, le sujetó, le llevó á su bote y después á bordo, donde le mandó dar de latigazos á la vista de todos.

La operación terminada, le mandó llevar á tierra con todas las consideraciones debidas á sus infortunios.

Como deseaba M. Barbaroux, la corrección había sido vista.

Además cuando llegó el paciente á la playa, reunió en torno suyo un auditorio que se estremeció de indignación al saber de qué manera habían tratado á un ciudadano de Haití.

Después de una deliberación tumultuosa sobre el partido que se debía tomar, se resolvió que se pediría satisfacción al capitán por el insulto que acababa de hacer á los haitianos.

Cinco ó seis de ellos disputaron á quien entraría en lucha el primero con el atrevido comandante, y al punto se mandó á bordo del bergantín á un capitán portador del cartel de desafío.

Ahora hay que imaginarse cuáles serían los gritos de cólera de los que estaban en el muelle cuando distinguieron á su parlamentario sufriendo á su vez la misma corrección que el culpable.

Sin embargo, su estupefacción creció de punto al ver que en seguida el capitán bajaba con el paciente á un botecillo, que amarraba á pocos pasos de ellos, que ordenaba á los marineros que volvieron á bordo, y solo, con el sable bajo el brazo, se dirigía tranquilamente hácia el grupo amenazador.

Los belicosos patriotas le abrieron paso con mucho respeto.

Soulouque supo en breve todo lo acaecido.

— Ese comandante es terrible, dijo algunos días después á M. Raybaud.

— Señor, todos son lo mismo, respondió el cónsul. Así es preciso tener cuidado con incomodarlos.

Y el emperador Faustino quedó advertido. La vista de un buque francés que llega con un comandante Barbaroux cualquiera, le inspira el mayor respeto, que demuestra con salvas de artillería, las cuales cuestan siempre la vida á alguno de sus artilleros.

Pero el enemigo más peligroso de Soulouque es el dios Vaudux, cuyos misteriosos sectarios se encuentran hasta en sus ministros y familiares.

Los negros de Haití son cristianos y católicos de día, y en ninguna parte los sacerdotes ven acudir á sus confesiones tan crecido número de penitentes.

Sin embargo, esta devoción no impide que los que se han ido á confesar por la mañana vayan por la noche al fondo de los bosques con el objeto de hacer sacrificios á Vaudux.

El ídolo pagano que sus padres adoraban en Africa, y cuyo culto se perpetúa en ellos á pesar de todas las persecuciones, no ha perdido nada de su prestigio. Hasta se dice que los holocaustos que ofrecen á tan terrible divinidad no se componen únicamente de animales.

Soulouque, que aparenta respetar á la religión y á los sacerdotes, y no falta á la misa ningún domingo, parece que es solo buen cristiano porque todos los soberanos, sus hermanos de Europa, como los llama él, lo son igualmente. Sabiendo que el emperador de Rusia es el jefe supremo de la religión en su imperio, quiso también ser el primer dignatario de la Iglesia de Haití.

Si la secta de Vaudux le hubiera querido por gran sacerdote, sin duda habría aceptado con gusto tal honor, pues no habría ya tenido nada que temer de ese poder oculto que tanto le ha perseguido. Se añade que no pudiendo más, tomó el partido de afiliarse entre los sectarios de tan extraña religión.

Vaudux, divinidad que lo sabe y lo ve todo, tiene por símbolo una culebra. Bajo esta forma la adoran, y ella trasmite sus órdenes al pueblo por medio de sus sacerdotes; solo estos pueden hablarla y comprenderla; solo estos la consultan en las ocasiones solenes y en las reuniones periódicas destinadas á reanimar el ardor de los fieles.

Estas asambleas, que el gran pontífice de Vaudux da á conocer á cada distrito algunas horas antes de la reunión, se disimulan bajo las apariencias de una fiesta.

En ellas se componían y se componen aun los brebajes que envenenan en un día los ganados y los ríos, que hieren de muerte á los hombres ó los trastornan el juicio. En ellas los adeptos aprenden á hechizar á las serpientes más peligrosas, á cubrirse el cuerpo con las úlceras y las llagas que en otro tiempo les dispensaban del trabajo durante el día, y que se curaban por la noche para asistir al baile. En esas asambleas se organizó aquella revolución formidable que sorprendió á toda la colonia en la noche del 26 de agosto de 1791.

El narrador estaba animado y habría seguido hablando de Soulouque durante mucho tiempo si no le hubiesen llamado para el servicio.

Poco más ó menos cada cual habla así de S. M. Faustino I. Todo viajero que ha pasado por delante de Haití tiene una provisión de anécdotas de ese género.

Por mi parte diré que en ese conjunto singular de que se compone el carácter del jefe haitiano, si hay mucho de atroz y de grotesco, hay también algo de interesante. Considerándole por el lado ridículo y odioso, no se ve en Soulouque más que una parodia de soberano grosero y cruel; estudiándole por algunos rasgos particulares, no sería difícil hallar en él algo de bondadoso y de humano.

Todo el mundo se ha reído de su corte imperial, de sus oropeles y de sus nobles improvisados; pero debe reflexionarse que esa corte, esas distinciones y esos títulos tan ridículos para nosotros no son á los ojos de los negros más que una consecuencia natural de su emancipación. ¿Qué era para ellos antes un hombre libre?

— Era un hombre que llevaba una casaca bordada, y á quien llamaban señor conde ó señor barón, un personaje que debía obediencia á un emperador ó un rey.

Para asemejarse completamente á sus antiguos amos, el primer ejercicio de su libertad consistía pues en darse un emperador ó un rey en la persona de uno de los suyos, y en ver á los individuos de la corte revestidos con esas casacas bordadas y esos títulos que consideraban inherentes al estado de hombres libres.

Los nombres dados por Soulouque á su nobleza son en su mayor parte grotescos á nuestros ojos; pero no sucede lo mismo para los haitianos que saben que el duque de la Marmelada, por ejemplo, es el teniente general que manda en la Marmelada, como el conde de las Llanuras del Norte es el brigadier que tiene bajo sus órdenes el cantón de las llanuras del Norte.

La acusación de barbarie y de crueldad se funda en los asesinatos que ensangrentaron la capital en 1848. «Sin embargo, me decía un día uno de los ministros de Soulouque; ¿creen que hemos vertido sangre humana con gusto? No es Soulouque quien ha creado el antagonismo terrible que separa la raza blanca de la de color. Puro de toda violencia en medio de nuestras guerras civiles, llegó al poder con las intenciones más conciliadoras; pero todos sus esfuerzos fracasaron ante el desprecio sistemático de los hombres que tienen un color más claro. Ya estaba para abdicar, cansado de todo, cuando le dijimos que era preciso mirar por los intereses de la mayoría, y entonces se consagró al partido negro.»

Suspendemos aquí la narración del indulgente oficial francés con ese soberano de color de azabache. En vano se querrá decir que Soulouque no ha sido feroz y sanguinario; algunos rasgos de su vida privada no le quitarán ese carácter que ha demostrado en la vida pública.

El autor del libro que extractamos pasó tres meses en la república dominicana, donde rehusaron sus servicios porque había sido llamado por Baez, y este era considerado como un traidor por Santana.

Sin embargo, antes de regresar á Francia quiso ver á Faustino I, y efectivamente, dos días después de su salida de Santo Domingo, desembarcaba en Jacmel, la segunda ciudad del imperio haitiano. De nuevo le dejamos la palabra.

El primer objeto que llamó su atención al saltar á tierra, dice M. P. Dhormoys, fué un marinero que cuatro negros vigorosos perseguían á pedradas.

El pobre diablo corría y se volvía de cuando en cuando para hacer frente á sus adversarios, mientras se dirigía hácia el muelle donde esperaba encontrar una embarcación.

Pero aun le faltaba una distancia larga que atravesar y ya se veía muy mal parado, cuando salió de una choza en que flotaba la bandera de Haití, un individuo vestido de uniforme.

— ¿Qué hacéis con ese blanco? gritó.

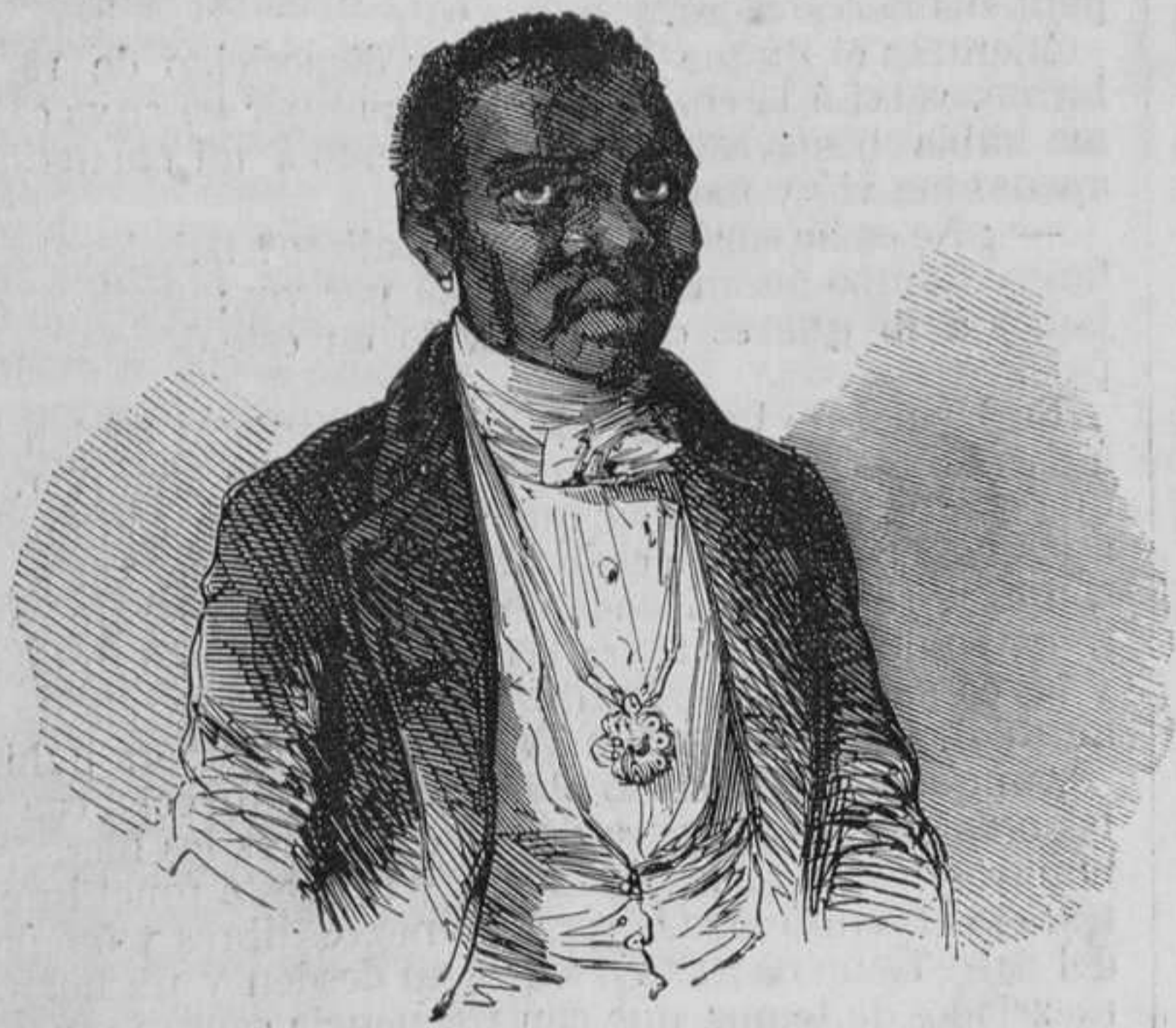
— Nos ha insultado.

— ¿De qué manera?

— Nos ha llamado monos.

Al oír esta palabra mono, el insulto más cruel que se puede dirigir á un negro, el hombre del uniforme olvidó su papel conciliador y siguió á los otros.

Felizmente el fugitivo aprovechó ese tiempo para correr.



EL CONDE CORIOLAN DERIVAL, HERMANO DE LA EMPERATRIZ DE HAITI.



SALOMON JENON, Duque de San Luis del Sur.



VIL-LUBIN, CONDE DE PETIONVILLE, Gobernador de Puerto Principe.

ditaba, llegó repentinamente á Jacmel. En seguida fui arrestado y conducido ante S. M. negra. Os aseguro que la cosa nada tenia de risible: En las inmediaciones del palacio habia visto á los soldados cargando sus fusiles, y á los generales muy agitados; pero aun era mas imponente en presencia del emperador: el monarca temblaba de cólera.

« — ¡Ah! exclamó en cuanto me vió; ¿con que venís á mi pais para excitar la rebelion? Pues bien, vos que venís de Europa, ¿quereis decirme cómo tratan allí á los conspiradores? »

Muy triste figura debia tener en aquella ocasion; habia tomado parte en el complot nada mas que por agrandar á la señorita Elliot, y no sabia qué responder. De repente me ocurrió una idea luminosa y contesté al emperador:

— Me preguntais, señor, lo que hacen los soberanos de Europa á los que conspiran contra ellos: voy á deciroslo. Los unos hacen que los juzguen y los condenen; los otros, y estos son los mas magnánimos, los perdonan y prefieren ganar al culpable con su clemencia; hay un emperador que se ha inmortalizado con un rasgo semejante.

— ¿Un gran emperador? preguntó Soulouque que me escuchaba con atencion.

— Sí, señor, un emperador tan grande, que ha dado su nombre á su siglo; — le referí la conspiracion de Cinna y la clemencia de Augusto.

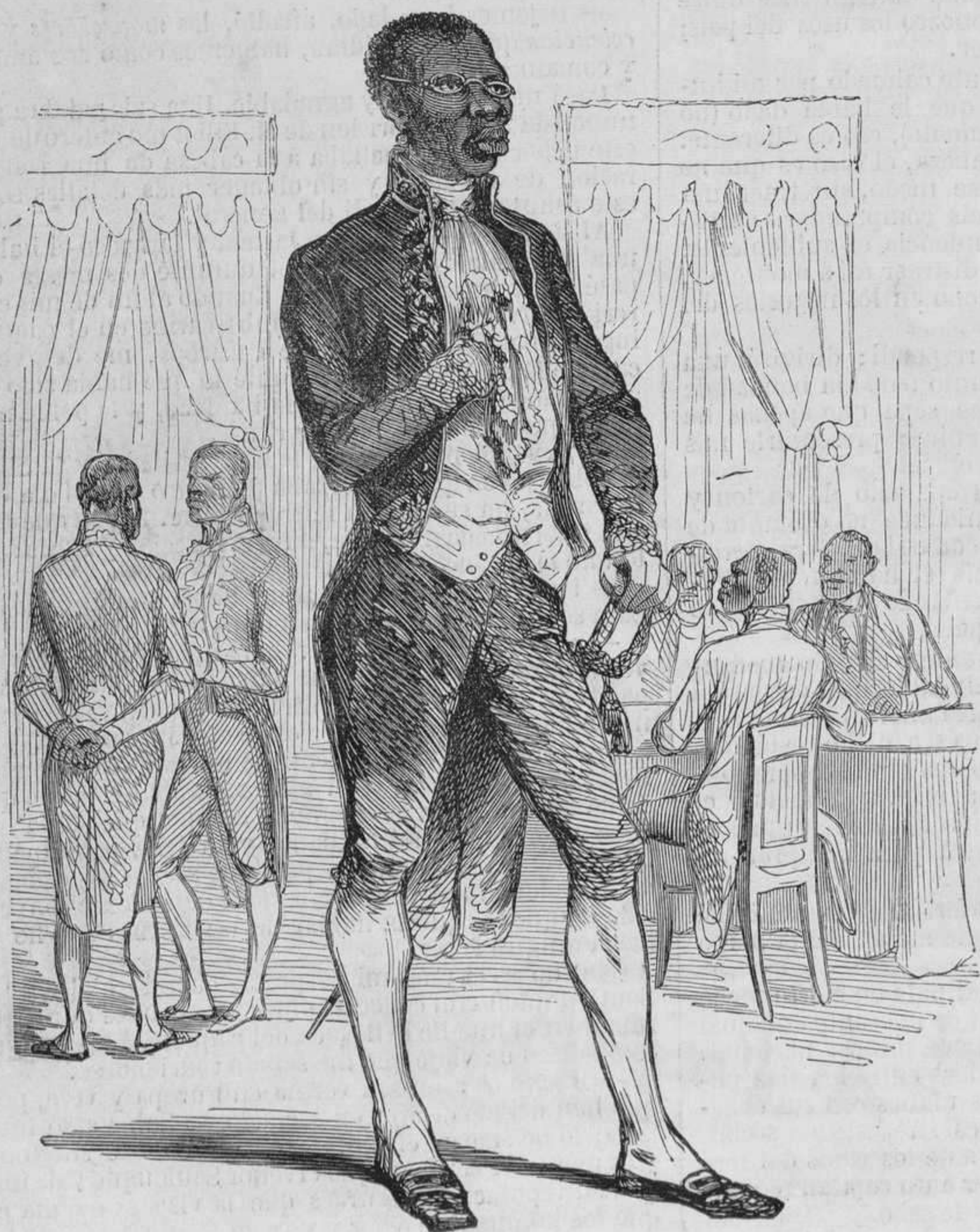


LA PRINCESA OLIVA.

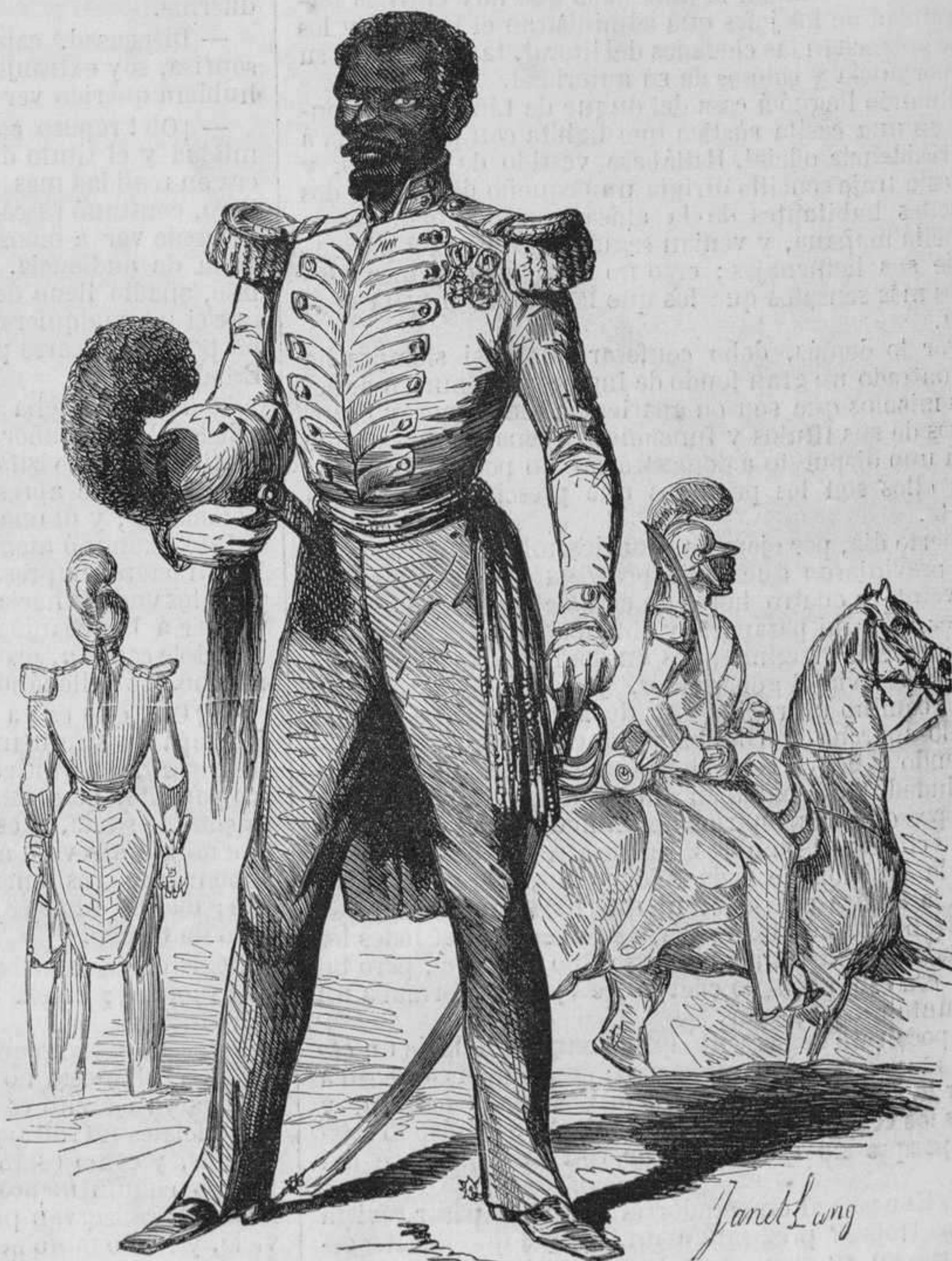
Soulouque permaneció un rato pensativo. « — ¡Eso es bello! ¡eso es grande! bien mirado, exclamó al fin, ¿porqué no me han contado nunca eso? ¡Eso es bello! ¡Eso es grande! repitió otra vez. Pero aquel emperador no tenia que habérselas con mulatos; yo tambien era bueno, yo tambien era generoso; suya es la falta si no puedo serlo ya; una gracia concedida hoy, me obligaria á cien ejecuciones mañana. Es necesario un ejemplar aun: el consejo de guerra se halla reunido ahí; va á juzgaros con Elliot, y sereis fusilado esta noche. Sin embargo, tranquilizaos, no habrá balas en los fusiles; pero tened cuidado de caer á tiempo en el momento de la descarga, y esperad así sin moveros hasta que vengan á buscaros. Cuando sea bien de noche, os conducirán á bordo de una goleta que os transportará á la Jamáica. Pero marchad para no volver jamás, jamás, repitió con violencia el monarca, porque si volviérais otra vez aquí, los fusiles tendrian balas.

» Ya lo veis, añadió Soulouque al terminar, me habeis referido lo que hacia un emperador que podia ser clemente sin peligro, y que sabia que su bella accion seria conocida y celebrada en todo el mundo, ¿cuál de los dos es mas grande, aquel, ó el que obligado á ocultar su bondad no por eso deja de hacer gracia? Y sin embargo, yo no soy mas que un pobre negro. »

Sin embargo, una sonrisa de orgullo desmentia la humildad de estas últimas palabras, y descubria que el soberano estaba satisfecho de si mismo.



A. DE LAROCHEL, PRESIDENTE DEL SENADO DE HAITI.



ADAN GILLOT, CONDE DE LA LLANURA DEL NORTE.

Las cosas pasaron como se había convenido, añadió el joven. El consejo reunido para juzgarnos, no empleó gran tiempo para condenarnos á muerte: ya se había puesto el sol cuando nos condujeron al suplicio. La noche, que se cierra instantáneamente bajo los trópicos, asistido de lejos á la ejecución, y una hora después, nos encontramos á bordo de la goleta, donde nos esperaba la señorita Elliot. El último paquete nos ha traído á Souhtampton.

Muchas veces he contado la historia que acabo de referir aquí: me parece en efecto que pinta bien el carácter del viejo negro que reina en Haiti, y que puede servir de conclusión á estas sencillas relaciones.

Aquí concluyen los extractos del libro de M. P. Dhormoys, á quien dejamos la responsabilidad de todos los episodios que traza, y sobre todo de las apreciaciones del negro emperador que ha sido destronado últimamente. Nuestra opinión la hemos consignado ya en breves palabras; no estamos acordes con el oficial francés, y creemos que los actos del ex-emperador no pueden excusarse fácilmente.

Hablemos ahora de los últimos acontecimientos:

Una carta particular fechada en Puerto-Príncipe el 30 de enero, nos da curiosos pormenores acerca de la abdicación del emperador

Faustino: — «Hace tiempo, dice, se venía preparando con mucha habilidad la revolución que ha dado el triunfo á Geffard. El emperador sabía que se conspiraba, pero tenía la torpeza de mirar con desprecio las maquinaciones que se le denunciaban. «El pueblo haitiano, decía un día el emperador á un repre-

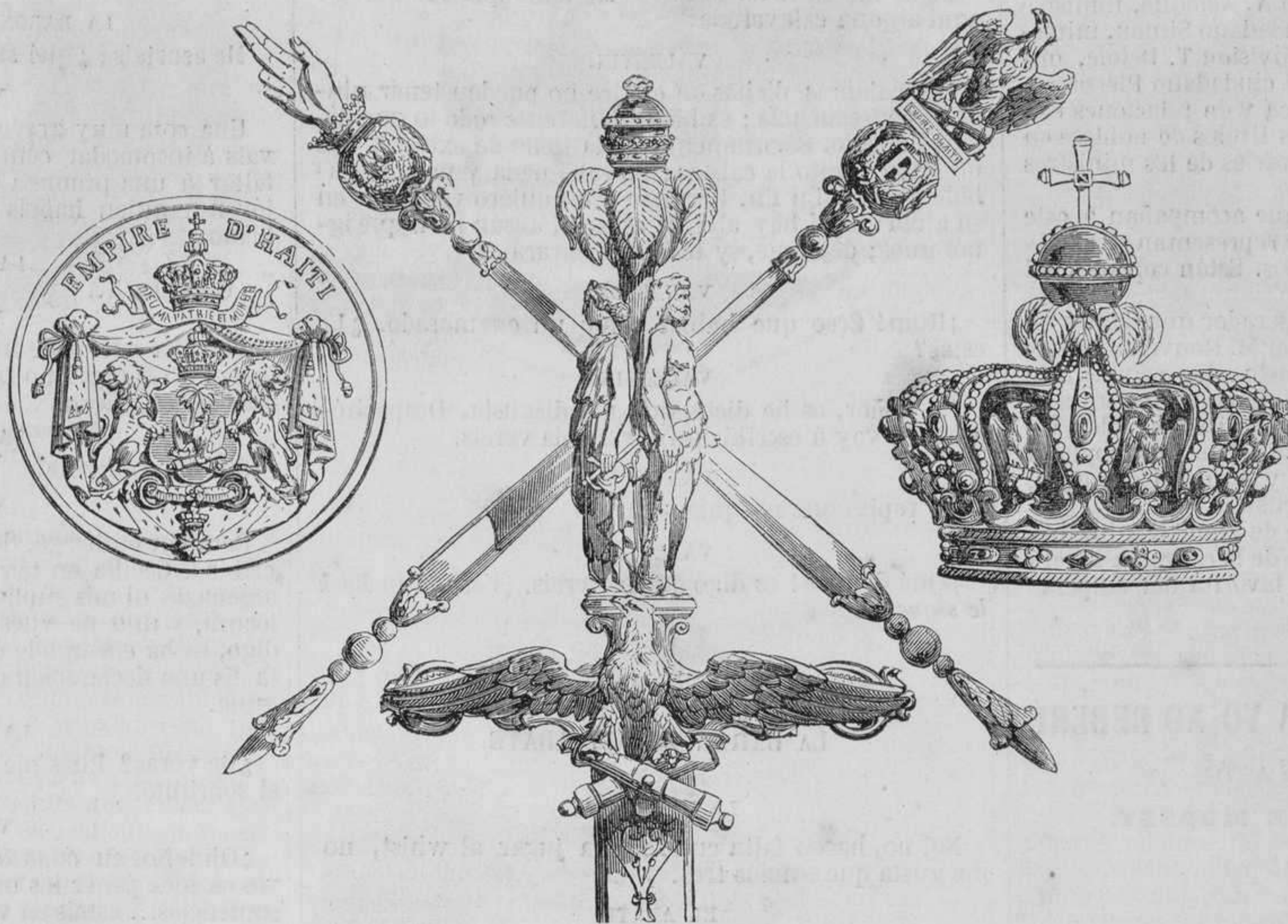
sentante extranjero, ha progresado demasiado bajo mi imperio para que se me muestre ingrato el día que alguien se me atreva.» Su confianza le engañaba lastimosamente. Apenas estalló la revolución, Faustino empezó á obrar con una actividad extraordinaria. Cuando se acercó á la capital Geffard, la po-

de la sorpresa no dió lugar á la defensa. Cuando el emperador supo lo que pasaba, se apoderó de una pistola para suicidarse, pero su esposa y sus hijas, á quienes quiere entrañablemente, y otras personas que le rodeaban, le arrancaron el arma y consiguieron que tomara el único partido que le quedaba ya: el de abdicar y huir. El emperador dictó su abdicación que escribió uno de los ministros en medio de los sollozos de su familia, y se embarcó en el *Melbourne* protegido por los cónsules extranjeros y aun por el mismo Geffard.»

La abdicación está concebida en estos términos: «Haitianos: llamado por la voluntad de mi pueblo á regir los destinos de Haiti, he empleado constantemente toda la atención y esfuerzos que me han sido posibles en asegurar el bienestar de mis conciudadanos y la prosperidad de mi país. Tengo la esperanza de no haber perdido el afecto de los que me elevaron al poder; pero los sucesos que acaban de ocurrir no me dejan duda alguna acerca de los verdaderos sentimientos de la nación. Soy demasiado amante de mi país para dudar en sacrificarme por el bien de todos. Abdico, y al obrar así no deseo sino que Haiti alcance la prosperidad que mi corazón anhela poderle dar.»

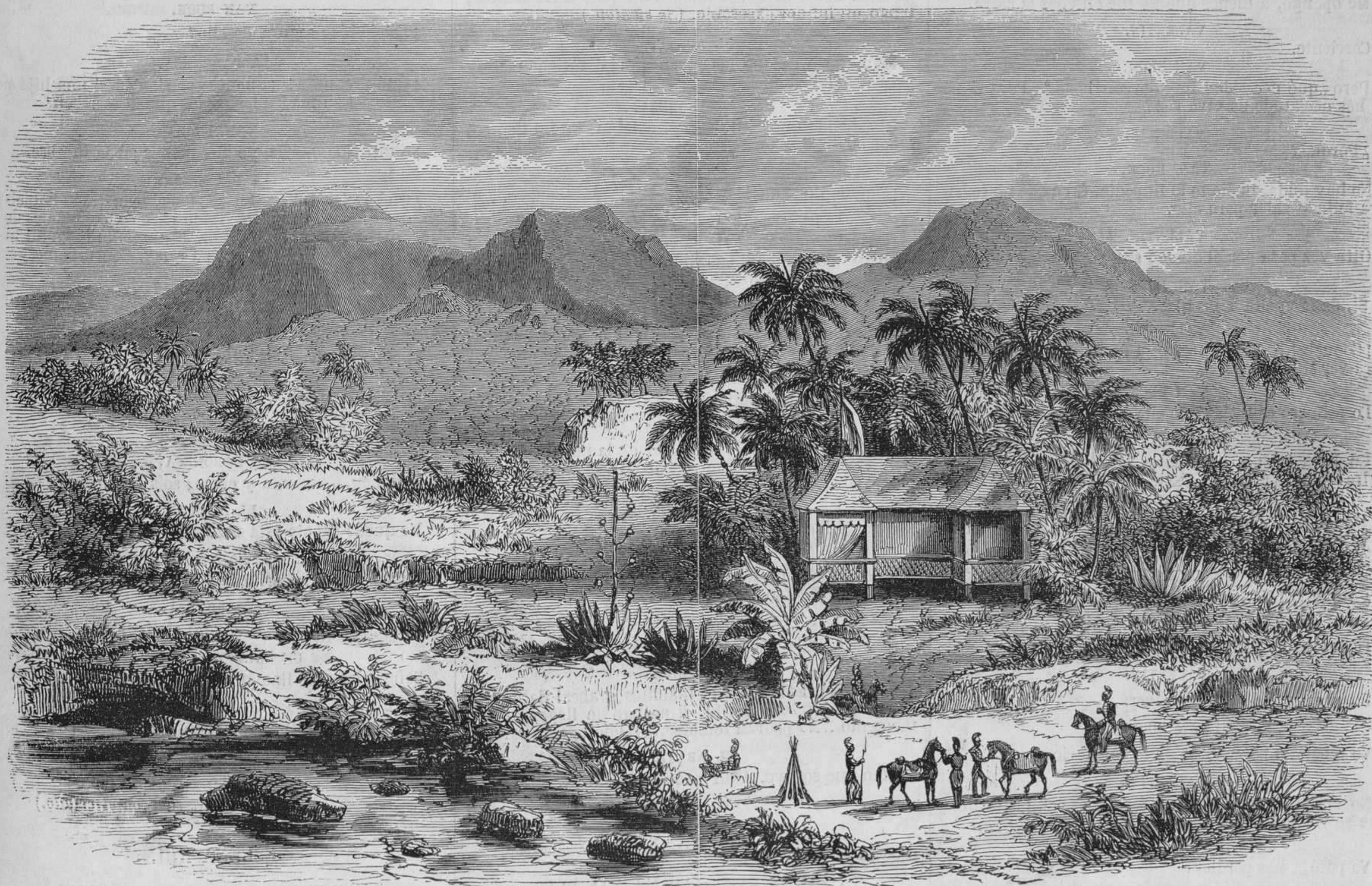
Las personas que han seguido á Faustino, son su esposa y dos hijas, y los generales Vil Lubin gobernador de Puerto-Príncipe; Dersalines, prefecto de policía, y el baron Damier, secretario de Estado, que tampoco quisieron separarse de su antiguo soberano.

La familia imperial de Haiti llegó á la Jamaica, y se dice que se dirige á Paris. En los nombres del gobierno provisional de Haiti, figuran dos españoles: los de Mendoza y Zamora, hijo.



SELLO, INSIGNIAS Y CORONA DEL EMPERADOR DE HAITI.

blación se había puesto en buen estado de defensa, y la mayor parte de los ciudadanos habían tomado las armas para defenderla. El emperador no quiso oír á los parlamentarios de los rebeldes. Entonces se adelantaron estos, y la guardia de la puerta de San José se unió á ellos facilitándoles la entrada en la ciudad, don-



FOND CALALU, CASA DEL EMPERADOR SOULOUQUE.

BOLETIN DE LA ANTIGUA POLITICA IMPERIAL EN HAITI CON UN EPILOGO MODERNO.



— V. M. me ha mandado comprar papel para hacer una corona; aquí está. — ¡Necio! para una corona imperial se necesita papel mas grande.

Como la corona de V. M. estaba rota, hemos pedido recursos á la cámara para gobernarla; pero solo nos ha concedido un ochavo para obleas, y el tendero no nos quiere dar por menos de un cuarto.

Queriendo Soulouque imitar en todo al emperador Napoleon I, tira familiarmente de la oreja á un granadero de su guardia imperial.



■Habiendo hecho comprar Soulouque á toda costa el caballo de Napoleon, Marengo, echa de ver que en su estado actual no le servirá para nada.

S. M. quiere extinguir la deuda flotante y poner en equilibrio los presupuestos; para lograrlo trabaja con su ministro de Hacienda.

Queriendo S. M. establecer la paz en su imperio, suspende á varios de sus funcionarios que no cree adictos al partido del órden.



S. M. ofrece al ilustre presidente de su asamblea un medio supremo de reducir al silencio á la oposicion, y le explica su uso.

Deseando pasar á la posteridad, S. M. se manda retratar por un artista, que es al mismo tiempo fabricante de betun para limpiar las botas.

EPILOGO. — La abdicacion aumenta de tal modo su vejez que apenas le quedan fuerzas para salir de su imperio.